

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

**Proposición condenada por la Santa Sede.**  
«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recenti civilitate sese reconciliare et componere.»

**DIARIO DE LA TARDE.**

**Proposición condenada por la Santa Sede.**  
«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

**PRECIOS DE SUSCRIPCION.**—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

**PUNTOS DE SUSCRIPCION.**—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## PARTE EXTRANJERA.

Refería hace algunos meses un corresponsal romano que, replicando el Padre Santo á cierto diplomático que invocaba la civilización moderna, dijo: «Señor embajador, á lo que llamo civilización moderna, yo llamo la francmasonería.» Pues la civilización moderna, respecto á la Enciclica y el *exequatur*, en efecto está demostrando procedimientos tan unisonos y acompañados que con ellos asemejan la mayor parte de los Gobiernos que hoy se estilan á una orquesta, cuyos individuos empuñan los instrumentos, rascan las cuerdas y soplan al mover de la *batuta* que se agita en las Tullerías.

Los organillos de la prensa, obedientes á quienes mandan y pagan, contribuyen al concierto, repitiendo también unisonos los aires y compases marcados por el maestro; y al ver la igualdad de argumentos y táctica del periodismo liberal en España, Francia, Italia, Portugal y algún que otro país civilizado, los periódicos papeles públicos se caerían de las manos, si no fuera por la importancia imponderable que tiene la materia en que tratan.

Todas las palabras que dejamos dichas nos sirven entre otras cosas de preámbulo para revelar una gloria reciente del reino italiano; y no procederá el favor de nosotros si, al referir con palabras de la *Unita cattolica* esta gloria italiana, hay quienes la conceptúan adjudicable á algún otro Gobierno de los que hoy gobiernan.

«El barón de Malaret, embajador de Francia en Turin, ha recibido de París consejos imperiales é imperiosos á fin de que nuestros gobernantes no permanezcan espectadores indiferentes ante la Enciclica del 8 de Diciembre, ántes bien concuerden sus circulares y decretos con los decretos y circulares de Napoleón III. En virtud de estos consejos imperiales é imperiosos, se mandó á la *Independencia italiana*, diario ministerialísimo, que publicase un artículo acerca del *Episcopado de Italia* y la *Enciclica*, y el artículo apareció en las columnas de aquel diario el día 8 del corriente mes.»

La *Unita* entresaca varios periodos de aquel artículo; pero como á nuestro propósito de hoy no cuadran todos los entresacados por el diario católico turinés, tomaremos unos cuantos; y pardiez que más de un lector ha de imaginar al verlos, que en vez de traducir, copiamos de algún periódico madrileño.

Pues la *Independencia italiana* advierte al *Episcopado de Italia* que, «para dar curso á esta Enciclica del Papa, tienen obligación de obtener previamente permiso del Gobierno,» y fingiendo que habla á éste, le dice que, «si debe otorgar libertad plena para lo concerniente á las oraciones que por excitación y mandato de Roma se ordenan,» también debe tomar en cuenta que «á él incumbe la obligación de conservar incólumes las bases de nuestro régimen social.»

Todas estas cosas y las demás que dice en su artículo el diario ministerialísimo de Turin, según arriba hemos manifestado, las ha dicho obediendo á consejos imperiales é imperiosos de París. ¿Sería temerario suponer, en vista de los efectos iguales que se manifiestan en otras cortes de Europa, que proceden de iguales causas?

En el gran reino, conforme á los anuncios del telegrafo que vemos confirmados en los periódicos, parece que están los libres entreteniéndose sus oídos en meetings donde se pide la abolición de la pena capital, porque destruya la vida física, y la abolición de las órdenes monásticas, por que estas destruyan la vida moral. Garibaldi XXXIII ha escrito una carta á sus amigos, manifestándoles que aprueba su entretenimiento. Entretanto un corresponsal de *El Diario de Barcelona* dirige á este desde Nápoles una carta, que relata otros varios entretenimientos italianos, de los cuales nos enteran los siguientes párrafos:

«En la capital de Sicilia son muy numerosos y frecuentes los asesinatos y hubo un día en que llegaron á veinte y siete, contando en el número un oficial piamontés que cayó muerto en la calle de Toledo, á las ocho de la noche, herido por una mano desconocida. El aumento de contribuciones, y sobre todo la quinta, tiene exasperados á aquellos isleños.

Los sicilianos han visto con gran disgusto el que algunos diputados del país hayan firmado una súplica dirigida á Víctor Manuel pidiendo el perdón para el teniente Dupuy, condenado por el tribunal por haber hecho perecer en las llamas en Petraglia Soprana á una familia entera, y para otro teniente llamado Poileci, acusado de haber fusilado sin forma de juicio á un fraile mendicante.

Ha terminado la vista del proceso instruido acerca de los sucesos de Casalduini, Campolattin y Pontelandolfo, cuyos pueblos fueron reducidos á cenizas por los piamonteses. De los sesenta y cinco acusados que figuraban en él, han sido declarados inocentes veintiseis, y tres han sido condenados á trabajos forzados, y diez y seis á treinta y veinte años de encierro. Entre los puestos en libertad figuran el Arzobispo de Ponte-

landolfo y el abate Epifanio de Gregorio. La prisión preventiva de estos infelices ha durado cuatro años.

En pocos días han sido arrestados en la provincia de la Basilicata y en la de Salerno cuatrocientas personas acusadas de mantener relaciones con los borbónicos: en los Abruzzos y en las Calabrias se han hecho también arrestos numerosos.

El cabecilla Masini fué sorprendido á consecuencia de una traición, con tres de sus compañeros. Estos individuos se defendieron tenazmente hasta que las llamas y el humo los ahogaban, pues los piamonteses tuvieron que pegar fuego á la casa donde estaban encerrados. La captura de Masini se ha verificado en Torre de Princivalle, en la Calabria, y el delator recibió los 40,000 francos ofrecidos por la cabeza de Masini. Este y su segundo fueron fusilados el mismo día de su captura.»

### TELEGRAMAS.

PARIS, 15.

Se ha entablado ante el Consejo de Estado recurso de abuso, por la publicación de la Enciclica, contra el Arzobispo de Besancon.

BERLIN, 14.

El descuento del Banco ha bajado á un 5.

PARIS, 15 (recibido el 16).

Un periódico de Nápoles desmiente el que se haya intimado al Cardenal Andrea de volver á Roma.

VIENA, (sin fecha).

La *Correspondencia general* dice, que los despachos austro-prusianos publicados por la prensa, son más que superficiales; son inexactos en algunos puntos esenciales.

NEUVA-YORK, (sin fecha).

La flota federal se hizo á la vela el 5 del puerto de Wilmington.

En un «meeting» celebrado en Savannah, bajo la presidencia del alcalde, se acordó hacer gestiones de sumisión á los federales para que cese la guerra.

Se susurra que los ministros Seward y Tessenien han dimitido sus respectivos cargos.

El general Granger llega con treinta mil hombres á Mobila.

El gobernador de Nueva-York recomienda eficazmente en un mensaje que se apoye la guerra, como medio para restablecer la antigua union de los Estados-Unidos.

En el mensaje, el gobernador de Missouri muestra el mayor empeño para que se deroguen todas las leyes que protegen la esclavitud.

El oro está á 228 y el algodón á 122.

CONSTANTINOPOL, 14.

El resultado poco satisfactorio que ha tenido hasta ahora la suscripción al empréstito, ha producido gran sensación en los altos círculos oficiales. Se dice que el Sultán, herido por esta falta de confianza en su Gobierno, había resuelto hacer por su cuenta otro empréstito por suscripción, pero que le han disuadido de efectuarlo por diversos motivos, entre otros, por haberse hecho recientes ofrecimientos importantes procedentes del extranjero.

TURIN, 15.

Se va á comunicar al cuerpo diplomático extranjero residente en Turin, la noticia oficial del cambio de capital. En los altos círculos políticos preocupa sobre manera la actitud que en vista de dicho cambio tomará el Gobierno español.

PARIS, 16 (recibido por la tarde).

El boletín del *Moniteur* dice que el Gobierno austriaco no cree aceptables las economías propuestas por la comisión de Hacienda para llevarlas á cabo en el presupuesto de guerra.

LISBOA, 15.

Los brasileños y las tropas mandadas por Flores, han atacado á la población de Pagoandú (Uruguay), pero han sido rechazados. Continúa sitiada dicha población.

VIENA, (sin fecha).

Ha llegado á esta capital el príncipe Federico Carlos.

Como todo lo que se refiere á la Enciclica debe excitar vivamente la atención de los católicos, no titubamos en publicar hoy con preferencia á otros muchos materiales, para los que nos falta espacio, los siguientes pormenores que tomamos de un periódico extranjero:

«El *Syllabus* ha precedido á la redacción de la Enciclica y en su origen creíase que esto tenía por objeto servir de cuadro sinóptico para importantes trabajos teológicos; más tarde el Padre Santo, accediendo á la súplica de un ilustre católico que pedía una regla para juzgar las cuestiones de libertad moderna, se dignó adaptar el *Syllabus* á las necesidades que ante él había expuesto aquel católico. Así refundido adquirió dicho precioso documento un valor general y expuso la opinión de la Santa Sede respecto á todas las doctrinas de las escuelas revolucionarias.

La Enciclica estaba redactada hacia muchos meses, y Pío IX, firmemente decidido á publicarla, esperaba tan sólo un momento oportuno. «En conciencia, estoy obligado á hablar,» decía un día Su Santidad, y en otra ocasión añadía: «siento íntimamente que Dios lo quiere así.» Sea lo que quiera de la verdad de estos dichos, que pintan por otra parte la admirable y santa solicitud del Papa, parece cierto que el 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, durante la Misa que celebra siempre Pío IX con singular devoción y con frecuencia bañados los ojos en lágrimas, sintió en su alma una emoción extraordinaria, y

después de dar gracias, se levantó de su reclinatorio y dijo decididamente: «Es preciso que la firme hoy mismo.»

En efecto, apenas entró en su gabinete el Padre Santo, hizo llamar á monseñor Luc Pacifici, secretario de Breves, *ad principes*, trabajó largo tiempo con él, firmó el documento y dictó las convenientes órdenes para la impresión de los mismos y su expedición á los Obispos de la cristiandad. Francamente, después de tanto cuidado y tanta meditación, y cuando Pío IX ha obrado á impulsos de su conciencia, puede decirse con razón, como se dice en algunas partes, que está arrepentido de su obra?

«Se quiere un argumento más directo? Hélo aquí. Hace algunos días un personaje de alta consideración tuvo el honor de conversar con el Papa sobre el tema inagotable de la Enciclica.

«El Padre Santo, refiere aquel personaje, hablaba de ella con una convicción tan enérgica, con un calor tan elocuente, que me quedaba asombrado al considerar cómo un Soberano abrumado de tantos pesares de todo género, conservaba tanto vigor, tanta claridad y un conocimiento tan profundo de la sociedad moderna.»

Citanse también otras palabras de Pío IX, y nosotros las transcribimos con todas las reservas convenientes.

«Dios, decía el santo Pontífice, me ha constituido en medio de la humanidad. Estoy viendo á esta sociedad, que se llama moderna, dotada sí de buenas cualidades, pero devorada por un cáncer, y yo aplico á este cáncer el cauterio de la Enciclica. Nadie ama más que yo la verdadera civilización y la verdadera libertad, pero rechazo la barbaire disrazada con una falsa civilización, y la tiranía disfrazada con una falsa libertad. Lo que yo condeno no es otra cosa que la barbaire y la tiranía inventadas para oprimir, para ahogar la civilización y la libertad. El Gobierno del terror, en Francia, por ejemplo, ¿no era la aplicación literal y feroz de las doctrinas que yo condeno? Y, ¿ha habido jamás cosa más bárbara, más tirana que el terror?...»

Tales son los pensamientos del Maestro de la doctrina católica. Tales son la generosidad, la grandeza, la nobleza del alma más amante.

El Papa nos ama con todo el amor que Dios puede infundir en el corazón de un padre. Conviénzanse de esta verdad todas las gentes.»

El día de la Epifanía asistió Su Santidad á la Misa solemne celebrada por S. E. el Cardenal Amat, después de la cual hizo leer dos decretos; el primero mandando proceder á la canonización de los diez y nueve mártires de Gorkom (Holanda); por el segundo se confirman y publican dos milagros obrados por intercesión de la venerable sierva de Dios María de los Angeles, de Turin.

Hablando el Papa de esta venerable empleó una frase conmovedora, haciendo votos porque esta ciudad (Turin) «que á causa de sus grandes escándalos va á perder su dominación temporal, encuentre eficaz consuelo en las gracias espirituales que ruega á Dios le dispense.»

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID 17 DE ENERO DE 1865.

Carta pastoral que el Excmo. é Ilmo. señor don Juan Ignacio Moreno, Arzobispo de Valladolid, dirige al Clero y fieles de su diócesis al publicar en ella la Enciclica de su Santidad de 8 de Diciembre de 1864.

Nos el doctor DON JUAN IGNACIO MORENO, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA ARZOBISPO DE VALLADOLID, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD, ASISTENTE AL SACRO SÍMBOLO PONTIFICIO, SEÑOR DE JUQUERA DE AMBIA, CABALLERO GRAN CRUZ DE LA REAL Y DISTINGUIDA ORDEN ESPAÑOLA DE CARLOS III, SENADOR DEL REINO, DEL CONSEJO DE S. M., ETC., ETC.

A nuestros venerables hermanos, Dean y Cabildo de nuestra santa iglesia metropolitana, reverendos Párrocos y Eclesiásticos de la diócesis y á nuestros amados hijos los fieles de la misma, salud y paz en N. S. J. C.

El 8 de Diciembre del año que acaba de transcurrir será memorable, venerables hermanos y amados hijos, en los brillantes anales de la Iglesia. En ese día, aniversario glorioso de la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción de la siempre Virgen María, el Sumo Pontífice Pío IX, ejerciendo su autoridad apostólica á que están sometidos los Reyes, los pueblos, los pastores y los rebaños, ha condenado varios graves y trascendentes errores por medio de una notabilísima carta Enciclica que hemos recibido y nos apresuramos á publicar en nuestra amada diócesis, insertándola á continuación de la presente exhortación pastoral.

No es posible desconocer la importancia de este acto pontificio. Obsérvese sino el efecto, la fuerte impresión, el ruido universal que, apenas conocido, ha causado en toda Europa. No ha vuelto esta todavía de la sorpresa que le produjo la noticia de que aquel augusto anciano desprovisto de todo humano socorro, rodeado de enemigos, aborrecido por los herejes, odiado de los impíos y perseguido sin trégua

por los rebeldes que con la destrucción de su soberanía temporal se proponen en su insensatez aniquilar el poder divino y espiritual de que está revestido, había levantado su sagrada y vigorosa voz para declarar valerosamente como errores muy perjudiciales á la Religión y á la sociedad doctrinas y opiniones que á manera de impetuoso torrente de iniquidad devastan todo lo bueno en los antiguos y modernos imperios. Accion admirable, obra maravillosa muy propia ciertamente de aquel que por razón de su eminente dignidad, es en la tierra, como asegura San Bernardo (1) lo más grande del uno y otro testamento. Un Abraham, un Melchisedec, un Moisés, un Aaron, un Pedro, un Jesucristo.

No todos, sin embargo, doloroso es decirlo, han pensado de este modo. La condenación pontificia, como era de esperar, ha mortificado á los sectarios y propagadores de las falsas doctrinas reprobadas por el Papa. Basta fijar la consideración sobre lo que entre nosotros mismos está pasando, para conocer que no todos discurren y obran con arreglo á los principios fundamentales de nuestra sacrosanta Religión. Unos al ocuparse de tan precioso é interesante documento, por el vergonzoso temor que manifiestan tener en adherirse clara y públicamente á su doctrina, parece que sólo se han propuesto ostentar una prudencia que siendo de la carne revela la languidez y frialdad de su fé, la pusilanimidad de su espíritu y el vano empeño de engañarse á sí mismos creyendo que puede servir á dos señores entre quienes existe el más irreconciliable antagonismo. Otros con la cólera con que se producen descubren la satánica soberbia que los domina, el extravío de la razón que padecen y la impiedad á que lastimosamente viven entregados. No faltan, por último, quienes desentendiéndose de las leyes del Reino y de las prácticas legítimas que garantizan la libertad é independencia de la Iglesia, acuden ó se manifiestan partidarios de una afectada legalidad para impugnar la Enciclica é impedir su publicación, aunque sea á costa de la union y mútua concordia del Sacerdocio y del Imperio.

En circunstancias tan críticas, ¿cuál es el deber de un Obispo católico? ¿Podrá, por ventura, permanecer silencioso, cuando teme fundadamente que con las opiniones que se acaban de indicar, ú otras parecidas, expuestas en formas las más atrevidas é inconvenientes, puede extraviarse á sus diócesanos en puntos que se rozan tan de cerca con la fé y con la moral?

Por lo que á Nos toca, faltáramos con semejante proceder á lo que debemos al Espíritu Santo, que sin merecimiento propio nos ha elegido para apacentar una porción preciosa del rebaño de Jesucristo. Por eso, prescindiendo de toda clase de consideraciones humanas, exclamamos con San Gerónimo: *Non novi Vitalem, Melitum respuo, ignoro Paulinum...* Ego interin clamito: si quis *Cathedra Petri* jungitur, meus est. No conozco á los que lo someten todo, hasta la Religión y su conciencia, á las apreciaciones y cálculos de la política, cualquiera que sea su nombre; miro con noble desden á la Revolución, por formidable y terrible que sea la actitud en que la veo colocarse; me tienen sin cuidado esos hombres que se dicen de ley y que sólo la invocan contra la Religión y el libre ejercicio de sus sagrados derechos, teniéndola como letra muerta cuando se trata de reprimir á los que la insultan y escarnecen. Entre tanto, ¡oh nobles y religiosos vallisoletanos! levanto mi voz para gritar á todos vosotros, enseñándoos la carta Enciclica de 8 de Diciembre: «Yo no soy sino de aquel que está unido á la Cátedra de Pedro (2).»

¿Disgusta á alguno este modo de obrar? Pues no permite otro el Catolicismo. Para asegurarlo nos apoyamos en la autoridad de San Leon el Grande. «De tal suerte, dice escribiendo á los Obispos de una provincia de Francia, encargó el Señor la administración de su Iglesia á todos los Apóstoles, que principalmente la colocó en San Pedro, jefe de ellos. Por el órgano de éste reparte sus dones en el cuerpo de su Iglesia, y los que tienen la temeridad de separarse de la solidez de Pedro, no tienen ya parte en el sagrado ministerio. Asocióle el Señor una vez á lo que él tiene de singular, y que á él únicamente conviene, y por eso quiso que llevase un nombre que expresara lo que al mismo era, diciéndole: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia,» fundando de esta suerte por un maravilloso don de su gracia el edificio eterno de su Iglesia sobre la firmeza de Pedro, á fin de hacerla invencible contra los atentados de los hombres y los poderes del infierno. Por tanto, todo el que ataca la autoridad de la Santa Sede

intenta por un exceso de impiedad destruir la obra edificada por Dios mismo.» (1)

La sociedad está también interesada en que cumpliendo con los deberes de nuestro sagrado ministerio, hagamos conocer á los fieles el importante acto pontificio del ocho de Diciembre. A nadie como á ella le conviene sean condenados los errores que se oponen á la Religión augusta que tan buenos y grandes servicios tiene prestados á los Reyes y á los pueblos. Ni unos ni otros podrían jamás olvidar que al Cristianismo se debe que sea inviolable la majestad Real, sagrada la persona del jefe de Estado y que el Soberano haya colocado su Trono en la conciencia misma de sus súbditos. Esta Religión divina es la que arranca del corazón de los subordinados no sólo los primeros pensamientos de rebelión y los movimientos más ocultos de sedición, sino también las quejas y las murmuraciones, y para quitar todo pretexto á los alzamientos y revoluciones contra las potestades legítimas, al propio tiempo que á los que gobiernan les dice: «Amad la justicia los que juzgáis á la tierra,» (2) enseña constantemente á los pueblos con su doctrina y con su ejemplo, como observa Bossuet, que es preciso sufrir hasta la injusticia por cuyo medio se ejerce visiblemente la justicia de Dios. (3)

Una religión que tan admirablemente robustece la autoridad pública, no puede hacerse sospechosa por ninguno de sus actos á los poderes de la tierra. Léjos de infundirles recelo, deben apresurarse á prestar la fuerza de su autoridad al jefe supremo de la Iglesia, que vigilando por la pureza de la doctrina y por la salvación de las almas, acaba de pronunciar su inapelable fallo, condenando errores tan perniciosos en el orden religioso como en el social. Así esperamos sucederá en nuestra católica España, pues desde que llevamos sobre nuestros débiles hombros la carga del episcopado, que es el tiempo de que podemos hablar por propia experiencia. Nos mismo, sin contradicción de ninguna clase, hemos siempre publicado y hecho obedecer en nuestra diócesis las alocuciones, Enciclicas y cartas pontificias generales y particulares que nos han sido dirigidas por la Santa Sede, encontrando en el Gobierno de S. M. un decidido apoyo cuando ha sido necesario. Nos lo prestó y lo recordamos con gratitud, facilitándonos los medios indispensables para trasladarnos á Roma, cuando fuimos invitados hace pocos años en uno de esos respetables documentos, para asistir á una solemnidad augusta, que no se borrará jamás de nuestra memoria. Así se conducen los Gobiernos justos, fuertes y religiosos, que conocen lo que deben á la dignidad de la Iglesia, al decoro de la nación y al esplendor del trono.

En el siglo en que vivimos y en que tan ilimitada libertad disfruta la prensa, la tribuna y la cátedra, en que con tanto desenfreno pública y privadamente se habla, se escribe y por desgracia hasta se enseña cuanto se quiere, sería un absurdo anacronismo y una injusticia insignificante guardar la represión, las trabas y las cadenas sólo para la Iglesia de Jesucristo. Almas de innobles y depravados sentimientos podrán exigir, pero únicamente es dado concederlo á los Gobiernos poco estables y á los tronos, que faltos de firmes y sólidos cimientos y en alianza con la revolución, temen derrumbarse disgustándola.

No nos hallamos afortunadamente en semejante caso. El Trono español, venerables hermanos y amados hijos, esa solidísima institución, la más popular entre nosotros y que siempre ha sabido interpretar é identificarse con los sentimientos de esta gran nación, es el de Recaredo y de Fernando el Santo, y todavía se vé brillar en él la gloria de que le rodeó la primera Isabel. La segunda Princesa de este esclarecido nombre que en la actualidad lo ocupa y que con sus virtudes y relevantes prendas lo enaltece más y más cada día, está íntimamente unida á la cátedra inmaculada de la verdad, que es la Santa Sede. Y así procediendo con la buena armonía que era de esperar, á la vez que el Pontífice hace declaraciones á favor de las Reales prerogativas de la Corona en conformidad con los convenios anteriormente celebrados, y otorga en beneficio de la nación importantes concesiones, aquella augusta Señora lo ofrece solemnemente conservar en sus dominios los derechos y prerogativas que la Religión Católica, apostólica romana debe gozar según la ley de Dios y los sagrados Cánones (4).

Apoyados en estas leyes y teniendo también presente el art. 45 de la más reciente de ellas, hemos procedido en el ejercicio de nuestras funciones y en el cumplimiento de los deberes

(1) Epist. 89.

(2) Sab. cap. 1.º vers. 1.º

(3) Sermon sobre los deberes de los Reyes.

(4) Art. 1.º y 44 del Concordato.



de nuestro cargo, con especialidad en lo relativo á la enseñanza de la doctrina de la Iglesia, sin experimentar impedimentos de cierta clase, que algunos quieren hoy suscitar. Pero nos li-sonjamos en creer que no lo conseguirán. El Gobierno de S. M. en su sabiduría conoce cuáles son en el orden social, político y religioso, las grandes necesidades de la época actual y está penetrado de que los Obispos españoles, sucesores y émulo, en cuanto podemos, de los Osios, de los Leandros y de los Isidros, de los Ildefonsos y Cisneros, de los Villanuevas y de los Toribios, no cedemos á nadie en amor al Trono y respeto á las leyes fundamentales del Estado, así como tampoco en sumisión y obediencia á la Santa Iglesia Romana, Madre y maestra de todas las iglesias.

La vida perderíamos con gusto, venerables hermanos y amados hijos, antes que separarnos de su comunión, dejando de ejecutar los mandatos del Sumo Pontífice y de obedecer sus Encíclicas, porque con el Padre San Agustín sostenemos, que «todo el que no comunica con este centro de unidad, no está en la Iglesia, no tiene ya parte con Jesucristo, no puede vivir de su vida, es un objeto de aversión para Dios por virtuoso que se crea ser.» (1)

Por tanto, adhiriéndonos firmemente al juicio y decisión del Vicario de Jesucristo, consignados en la enunciada Encíclica, reprobamos, proscribimos y condenamos todas y cada una de las malas doctrinas y opiniones señaladas por menor en el citado documento pontificio, que por medio de la presente carta Pastoral ponemos en nuestro conocimiento, venerables hermanos y amados hijos, á fin de que vosotros igualmente las tengáis por reprobadas, proscribas y condenadas, como se os manda en virtud de la autoridad apostólica.

En la misma Encíclica se concede también un jubileo universal. Mas de esto nos ocuparemos oportunamente en instrucción separada. Entre tanto recibid la bendición que os damos á todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

De nuestro Palacio Arzobispal de Valladolid, á 15 de Enero de 1865.—JUAN IGNACIO, Arzobispo de Valladolid.—Por mandato de su excelencia ilustrísima, el Arzobispo mi señor, doctor D. Cesáreo Rodrigo, Canónigo secretario.

A continuación inserta S. E. la Encíclica, al pie de la cual pone la siguiente advertencia:

«Con la Encíclica de Su Santidad hemos recibido el documento titulado: *Syllabus*, etc., ó sea «Resumen de los principales errores de nuestra época reprobados por Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX en las Allocuciones consistoriales, Encíclicas y otras Letras Apostólicas» que en el mismo se citan. Y aunque de su contenido tienen ya todos noticia, se insertará oportunamente este documento en el *Boletín* de la diócesis.—Lo que advertimos, como nuevo testimonio de nuestra adhesión á las decisiones de la Santa Sede.»

## NOTICIAS ACERCA DEL ASUNTO.

Todas las que vamos á mencionar, son tomadas de diarios ministeriales.

Comencemos por *La Epoca* de anoche:

«Un despacho telegráfico nos dice que el Sr. Moreno, Arzobispo de Valladolid, ha circulado á sus sufragáneos y al Clero del arzobispado la última Encíclica de Su Santidad acompañada de una pastoral. Ignoramos si estos documentos le habrán sido directamente remitidos desde Roma ó comunicados por la nunciatura en España.»

Nosotros también ignoramos esto mismo; pero en cambio sabemos de buena tinta tres cosas: 1.ª que el Papa es el Pastor Universal y el Maestro Ecuménico de la sana doctrina; 2.ª que ha publicado una Encíclica dirigida á los Prelados del orbe católico; 3.ª que el señor Arzobispo de Valladolid es uno de estos Prelados, y muy digno de serlo.

En cuanto á la pastoral del señor Arzobispo, sospechamos que ha de ser la misma que dejamos preinserta.

La propia *Epoca*—«ha oído que el Gobierno «pasará en esta semana misma al Consejo de Estado la Encíclica de Su Santidad;»—pero *La Correspondencia* de anoche niega el supuesto en los términos siguientes:

«Hoy ha vuelto á decirse que la Encíclica de Su Santidad ha sido comunicada al Gobierno, y hoy podemos repetir que, ni por el Gobierno romano á nuestro embajador, ni por el Nuncio de Su Santidad en Madrid, se ha dado todavía traslado oficial de este importante y trascendental documento. Cuando se dé este paso, la Encíclica será sometida inmediatamente al Consejo de Estado, y si éste cree que debe negarse el *exequatur*, no será el Gobierno del duque de Valencia quien permita su publicación.»

Enterados, y vamos á otro párrafo de la misma *Correspondencia*:

«Dícese que anoche celebró el ministro de Gracia y Justicia con el Nuncio de Su Santidad en esta corte una conferencia á la que asistieron algunas otras personas de virtud y de ciencia. Supúese que en esta conversación amistosa más que conferencia oficial, se trató de la Encíclica y medios de evitar un conflicto si el Clero la publicase sin obtener antes el *exequatur* del Gobierno. Nosotros ni hemos oído cuál haya sido el resultado de esta conferencia, quizás porque no haya sido verdad el objeto que se la supone. Nosotros no sabemos más sino que la conferencia se celebró.»

Este párrafo no es otra cosa sino un preámbulo ingenioso de este otro, que es el bueno, y dice así:

«Cada vez corren más acreditados los rumores de

que con permiso ó sin permiso del Gobierno se dará publicidad á la Encíclica de Su Santidad en forma preceptiva. Seguimos no creyéndolo; pero también creemos y esperamos que, si en daño de las regalías de la Corona y fueros de la nación, hubiera alguno que olvidase sus deberes, el Gobierno, cumpliendo con los suyos, aplicaría todo el rigor de las leyes nacionales, sin tener en cuenta clases y categorías.»

Por esta vez, *La Correspondencia* es á *La France* y demás periódicos cismáticos del vecino imperio, exactamente lo que el mono es al hombre.

Los párrafos que ponemos á continuación son los mismos de *Las Noticias* que ya reproducimos ayer; pero los reproducimos nuevamente hoy por el nuevo valor que les presta el hacerlo suyos el reciente órgano íntimo del ministerio, *Leon Español*. Dicen así:

«Algunos periódicos de oposición, careciendo de armas de buena ley para combatir al Gabinete presidido por el duque de Valencia, se ocupan en propalar rumores absurdos. Dicen que probablemente la publicación de la Encíclica de Su Santidad se llevará á efecto por los Obispos españoles sin el beneplácito del Gobierno, en cuyo caso se producirá necesariamente un conflicto, que pondrá á aquel en la alternativa de atraerse la animadversión de las personas religiosas ó de faltar abiertamente á la ley y á la defensa de las regalías concedidas por la misma Santa Sede á la Corona y á la nación.»

«Esperamos que estos intencionados rumores no producirán efecto alguno, y lo esperamos con tanta más razón, que estamos persuadidos que los Prelados españoles conocen muy bien cuáles son sus deberes como cristianos, como españoles y como súbditos leales; y nos consta asimismo que el Gobierno de su majestad no faltará á la nación ni á la Reina, que le ha confiado la protección de sus leyes y regalías, apartándose del camino marcado en nuestra legislación.»

Faltábanos todavía oír al más genuino de los órganos del ministerio, á *El Contemporáneo*; y en su número de hoy nos cuenta lo que ustedes verán. Después de transcribir los rumores de sus colegas ministeriales relativos al asunto, añade de su propia cuenta lo siguiente:

«A todo esto no debemos, por nuestra parte, decir más, que cuando sea llegado el caso, el Gobierno español probará cumplidamente el respeto que le merecen las regalías de la Corona, sin faltar nunca á los altos respetos que todos debemos al Padre común de los fieles.»

«Lo cierto es que todas las naciones se han ocupado detenidamente de esta cuestión, llamada según parece á preocupar por algún tiempo á la opinión pública.»

«Lo que no parece caber duda de que en el mismo Roma la publicación de los documentos que acompañan á la Encíclica no ha sido igualmente acogida por todos los Cardenales. Aparte el Cardenal Andrea y el Cardenal Altieri, que no han ocultado sus sentimientos respecto de este punto, el mismo Cardenal Antonelli parece haber luchado mucho tiempo contra la influencia creciente de monseñor Merode. En Austria la publicación de la Encíclica no ha sido autorizada, y en Inglaterra el Cardenal Wiseman, haciéndose eco de la alarma producida entre los católicos ingleses por la extensión que quiere darse á ciertas proposiciones que no pueden significar la condenación de la monarquía constitucional inglesa, parece haber hecho llegar hasta Roma la expresión de sus sinceros sentimientos.»

«En Bélgica, el partido católico, que es profundamente liberal, ha hecho en sus órganos declaraciones terminantes contra los reaccionarios y ultramontanos, á quienes considera como el enemigo más poderoso de la Iglesia católica. Aunque nuestro ánimo hoy no sea el de examinar este documento en la parte política que pueda entrañar, no concluiremos sin protestar contra la interpretación dada á ideas ó á frases aisladas que jamás pueden ser la condenación de lo que, con aplauso de todo el mundo, hizo el augusto Pío IX en los primeros tiempos de su pontificado.»

Falso lo del disgusto de Antonelli, y de su lucha con Merode.

Falso lo del Cardenal Wiseman en Inglaterra.

Falso lo de las protestas del partido católico en Bélgica.

Falso lo de que Austria haya prohibido la publicación de la Encíclica.

No hay más falsedades que estas en el artículo de *El Contemporáneo*, como no sea su aserto de que no quiere—«faltar nunca á los altos respetos que debemos todos al Padre común de los fieles.»

La sesión del Senado ayer, toda ella trató de números. El Sr. Bermúdez de Castro habló de Hacienda, y luego el señor marques de Molins mencionó varias estadísticas sobre los senadores de que habían constado y constaban hoy varios Senados.

Al hacer S. S. esta enumeración, recordó como al nombramiento de 72 senadores hecho en Francia por el último ministerio del último Rey Borbon de Francia, se siguió la revolución de Julio, revolución alentada por los catedráticos de la Universidad, la cual, después de derribar la dinastía, lo primero que hizo fué anular los nombramientos de senadores.

De estos datos sacó el señor marques una moraleja que no deja de ser oportuna, diciendo que «aunque la historia no sea tan conveniente como la táctica de infantería, siempre es muy útil á los legisladores del país.»

Citamos estas palabras, porque son lo único de provecho que oyó ayer el Senado.

La Iberia tiene allá sus, digámoslo así, ideas sobre la libertad que debe otorgarse á los Prelados, y de resultas dice que aplaudiría que se les diese omnímoda si estos no disfrutaran un pingüe sueldo del Gobierno; pero que eso de «pagarles para que sean los representantes de ideas políticas que la razón rechaza y que los

pueblos han condenado, será una complacencia, que no ha de ver sin escándalo ni indignación un pueblo que ha sacado triunfante de la guerra civil la bandera del progreso.»

Está trascorrido el diario progresista: á los Prelados no los paga el Gobierno, sino que les restituye una pequeñísima parte de los bienes que á la Iglesia le robaron el progresismo y compañía.

En una carta de Londres, fecha 12, que publica *El Telégrafo* de Barcelona en su número del lunes 16, se lee el siguiente párrafo:

«Se tiene aquí por completamente infundado el rumor que ha circulado de un próximo reconocimiento de Italia por parte de España, pues se cree que, aun cuando lo quisiese el ministerio, le sería imposible vencer las dificultades con que tropezaría para realizarlo. Se asegura que la Reina doña Cristina, al regresar á Francia, ha hecho una tristísima pintura del porvenir de España, y se añade que el partido de la unión ibérica vuelve á ganar terreno, habiéndose adherido últimamente algunos personajes importantes, entre ellos el general O'Donnell.»

El Emperador Napoleon, que tiene siempre un primo para un recurso, ha enviado ahora á Barcelona á un D. Guillermo Carlos Bonaparte, que dicen es muy instruido en literatura provenzal.

Estas aficiones bonapartistas á nuestras literaturas provinciales fronterizas, son para estudiadas con detenimiento.

Hoy ha llegado á nuestro poder el correo de la Habana, cuya última fecha alcanza al 30 de Diciembre.

Nada de importante ocurría en la isla de Cuba.

Las noticias más importantes de Santo Domingo que he traído son las siguientes:

En una carta fecha 20 de Diciembre dirigida desde la capital de la antigua *España* á la *Prensa de la Habana*, se lee lo siguiente:

«Las operaciones se han paralizado, por tanto las noticias son escasas.»

«El día 17, á las nueve de la noche, llegó á Santo Domingo el capitán general de la Isla Excmo. señor D. José de la Gándara, el cual debía volverse muy pronto á Monte-Cristi.»

«Las enfermedades han cesado, no sólo en la capital sino también en varios puntos de la Isla.»

«El 18 se presentaron los enemigos, en corto número á la avanzada del pueblo de San Carlos denominada *El esperillon*, dispararon unos cuantos tiros, se les contestó y huyeron.»

En el *Boletín Mercantil* de Puerto-Rico hallamos lo que sigue:

«La goleta de guerra *Guadiana* llegó ayer procedente de Monte-Cristi.»

Las tropas que ocupan aquel punto disfrutan la mejor salud y no carecen de nada. El general Gándara había salido para la capital. Cartas recibidas de dicho punto participan un hecho que honra altamente á nuestros marinos. Es el siguiente, según lo sabemos por conducto fidedigno:

«Habiendo la goleta de guerra *Andaluz*, mandada por el teniente de navío Lobaton, ido á practicar un reconocimiento por las inmediaciones de Puerto Cabello, descubrió dos pailebots que ya estaban varados y en disposición de echar en tierra lo que conducían para los insurrectos. No siendo posible que la *Andaluz* se les acercase por la poca agua en que se hallaban esas embarcaciones, dispuso su comandante enviar tres lanchas tripuladas con 40 hombres al mando del alférez de navío Montes de Oca, las cuales atacaron á los pailebots con el mayor arroyo, pues se defendían tenazmente, y después de 24 horas de combate se apoderaron de ambas embarcaciones, huyendo precipitadamente los que las tripulaban.»

Uno de esos pailebots mide más de 100 toneladas, y el otro más de 40; parece que habían descargado, pues tenían á bordo café, tabaco y tosas de caoba, parte de lo cual tuvo que arrojar al agua para ponerlos á flote y conducirlos á Monte-Cristi, adonde los llevó la *Andaluz* el día 10 del corriente. Nuestros marinos se han portado bizarramente, y tuvieron 14 heridos de más ó menos gravedad.»

Con referencia á este mismo *Boletín*, se dijo hace días que los insurrectos de Santo Domingo se habían sometido al general español, fatigados por los desastres de la guerra.

Nosotros, que habíamos leído esta noticia, cuando llegó el último correo extraordinario de la Habana, no le dimos importancia, porque la supusimos copiada en el *Boletín* de un diario de Madrid, á quien hace ya tiempo se le ocurrió decirlo.

Los diarios llegados hoy, que no hablan una palabra del asunto, nos confirman en nuestro juicio.

Tenemos por consiguiente por una invención más ó menos feliz, pero de todos modos anticuada, la siguiente explicación que del hecho pretende hacer *La Correspondencia*:

«El hecho ha sido que el Gobierno de Haití, tomando oficialmente el papel de mediador, gestionó en Santiago de los Caballeros, residencia del Gobierno revolucionario, para que los rebeldes impetraran de S. M. la Reina que abandonase la España á Santo Domingo.»

Los insurrectos se prestaban á hacerlo siempre que el Gobierno español entrase en trato con ellos, ordenando una suspensión completa de hostilidades; pero como esto hubiera sido reconocer el derecho de la insurrección, y la España podrá abandonar, porque así la convengo, á Santo Domingo, pero jamás entrar en tratos con los rebeldes; el Gobierno de Haití desistió de sus gestiones, y este asunto nunca ha llegado hasta las regiones oficiales.»

No está mal contado el cuento.

*El Reino* ha publicado el voto particular de los generales que en la junta consultiva de Guerra han opinado en favor de la conserva-

ción de la isla de Santo Domingo. Dicho documento copiado á la letra dice así:

«Los vocales que suscriben, al tener el sentimiento profundo de discurrir de la opinión de la mayoría en la gravísima y trascendental cuestión de si Santo Domingo se ha de abandonar ó no por las armas españolas, no creían corresponder á la honrosa prueba de confianza que la junta ha recibido del Gobierno de S. M. en consultarla, ni á lo que la nación y la Reina tienen derecho á exigir de ellos, ni aun á la misma inapreciable estimación de sus dignos compañeros, si al no opinar como estos dejaban de consignar el por qué se apartan de votos tan autorizados.»

El Gobierno de S. M. pide á esta junta opinión sobre la conservación ó abandono de una provincia española, y esa opinión la reclama advirtiéndole que la cuestión se aprecie bajo el punto de vista militar. Las consideraciones, pues, de alta política, las internacionales, las que con la Hacienda se rocen, todas han podido y debido ser objeto útil y provechoso para el debate; todas sin embargo, deben también desaparecer al emitir el dictamen.

La opinión que á esta junta se le pide, sólo puede y debe ser un dato más para ulteriores resoluciones. Cuando estas hayan de adoptarse, el conjunto se aquilatará por quien pueda y deba hacerlo.

Autorizadas voces, de seguro, darán y pedirán en el Parlamento amplias y necesarias explicaciones. Allí se debatirá, sin duda, el pro y el contra de la posesión de Santo Domingo; en aquel sitio se pondrá en claro si la anexión de esta isla ensancha ó comprime el bienestar de la madre patria.

«Nosotros, generales aquí del ejército español, llamados hoy á dar consejo con ese sólo carácter, no podemos sancionar con nuestros votos lo que en conciencia creemos altamente perjudicial para la seguridad de nuestras Antillas; nosotros no podemos «decir con nuestros votos al mundo que en una empresa que sólo árdra consideramos, España plega su bandera ante una horda de negros tan impotentes como ingratos.»

La continuación, pues, de la guerra, y la dominación completa de la insurrección; ese es nuestro voto. Y si para lograr este fin no proponemos los medios, es por que, además de parecerse suficientes los propuestos por el capitán general de Santo Domingo, creíamos con alterarlos, no sólo inferir una ofensa á aquella dignísima autoridad, sino que sespecharíamos inferirselas también al Gobierno de S. M. que al conservar á ese general al frente de aquellas tropas, demuestra patriótica y eócutamente que acepta sus opiniones.—Facundo Infante.—Valentin Ferraz.—Enrique O'Donnell.»

Para cuando comience en el Congreso la discusión del proyecto de ley referente al abandono de aquella isla, y que seguramente no podrá ser antes del mes de Febrero, anuncia *La Epoca* que el Sr. Saavedra Meneses la examinará desde el punto de vista militar; el señor Ulloa expondrá la conducta que el Gobierno del duque de Tetuan siguió en aquella Antilla, y la situación en que la dejó á la salida del poder; y que el Sr. Cánovas del Castillo tratará el punto considerándolo como cuestión política.

A juzgar por los actores entre quienes se ha distribuido los papeles, la función debe de estar entretenida.

Este nos parece el lugar más á propósito para rectificar un hecho inexacto que anda actualmente recorriendo las columnas de los periódicos.

Hásemos incluido por un diario en la lista de los que impugnan el proyecto de abandono de Santo Domingo.

Esto no es cierto.

Nosotros hemos dicho que esta cuestión la conceptuamos libre; que esperamos oír á los defensores é impugnadores del proyecto para emitir nuestro juicio; y que sólo la tendríamos como ceñida y necesariamente sujeta á un acuerdo invariable, el de defender su conservación á todo trance, si por alguna Potencia extranjera se nos hubiera tratado de imponer la resolución contraria.

Y como esto no sabemos qué haya sucedido, puesto que los mismos propagadores de aquella indigna farsa, se han guardado muy bien de sostener su dicho, nos encontramos colocados en el primer caso.

Esta es nuestra actitud y no otra.

Ni epositores apasionados del proyecto de ley, ni quiétescos sostenedores de empresas que parecen imposibles.

## PLEGARIA

que en el solemne acto de presentar la ofrenda al Apóstol Santiago en su santa metropolitana iglesia el 30 de Diciembre de 1864 en nombre de su majestad la Reina pronunció el señor D. Hilario Rioja, alcalde presidente del Excmo. Ilmo. ayuntamiento de la ciudad de Santiago.

Apóstol Santo:

«Lleno del más profundo respeto, vengo á prestaros el homenaje secular de acendrada gratitud que la Reina de España (G. D. G.), la excelsa Isabel II os rinde desde el sólo de sus mayores y desde el trono de otra Isabel, predilecta hija vuestra.»

Si, patron Santo, también necesitamos que vuestro invicto brazo se levante poderoso para dominar la impiedad, para humillar la ingratitude, allí en regiones que un día fueron vuestro patrimonio y en donde sangre inocente y generosa riega aquella tierra, sin recuerdos, sin fe, y sin humanidad.

Extendid vuestra mano paternal sobre los españoles vuestros hijos predilectos, para que hoy que las naciones se convuelven, los tronos tiemblan, y ruge en lontananza terrible perturbación, nosotros continuemos cantando vuestras glorias, que son las glorias de Dios en este santo templo.

Yo no necesito, Apóstol querido, suplicaros protección para Nuestro Santísimo Padre Pío IX, porque la visible mano del Cielo le hará prevalecer siempre, como hasta aquí, contra la iniquidad.

Velad constante, patron nuestro, por Nuestra bondadosa Reina, en cuyo augusto nombre os rindo hoy esta cordial oferta: protegida, iluminada ese camino áspero y difícil que hoy recorren los Reyes de la tierra; protegida también á S. M. el Rey: guiad por la

senda de la virtud al Serenísimo Príncipe de Asturias, esperanza de esta nación, y á SS. AA. RR., vástagos respetables de tan noble estirpe.

Y vos, Príncipe eminente de la Iglesia católica, respetable Prelado de esta santa metropolitana iglesia, auxiliad con vuestra poderosa influencia ante el trono del hijo del trueno mis súplicas á favor de la Reina y de la patria. No olvidéis, Señor, implorar el favor del cielo para este pueblo, que el glorioso Santo eligió para su tumba, y sobre la que se elevan los himnos de su amor y de su gratitud.

Os suplico pidáis también que el cielo dirija mis pasos en el camino de la vida, para conducir á mis tiernos hijos por la senda de la virtud.»

## CONTESTACION DEL EXCMO. SR. CARDENAL ARZOBISPO.

«La piadosa ofrenda que de orden de S. M. la Reina católica, acaba V. S. de hacer al Santo Apóstol patrono de España, á nombre de los reinos de Castilla y de Leon, ha venido á ser en nuestros días un solemne homenaje que le tributa la nación española reconocida á la protección que el hijo del Zebedeo siempre la ha dispensado.»

Nada más justo que esa general demostración hecha por un pueblo religioso que recibió de aquel hijo del trueno la primera luz del Evangelio, al cual, por otra parte, somos deudores de la formación y de la perpetua defensa de nuestra gloriosa monarquía. Por esto la nación entera le presenta en el templo en que se veneran sus preciosas reliquias esta, modesta ofrenda para ayudar á sostener el culto que con una magnificencia poco común, se dá aquí al Señor de todo lo criado en memoria del Apóstol Santiago.

Dios es el autor de las sociedades y de las naciones»

El las ha formado con la fuerza secreta de su providencia que todo lo gobierna. Por esto no sólo los individuos, las ciudades y las otras poblaciones deben rendir separadamente sus homenajes á nuestro Señor, si no que debe hacerlo también alguna vez la misma nación como cuerpo, y así lo hace en este día la nuestra, habiendo tocado á V. S. la dicha de ser el intérprete de los sentimientos de tan religioso pueblo.

El Apóstol Santiago, que no se deja vencer en generosidad, sabrá corresponder sin duda á un acto que no puede menos de serle muy grato, redoblando sus esfuerzos para que entre nosotros se conserve la unidad religiosa y se afirme más y más la Monarquía, que son los dos elementos que han constituido nuestra gloriosa nacionalidad.

Si: la unidad religiosa y la unidad monárquica han sido constantemente el bello ideal de nuestra raza inteligente y generosa, que no descansó hasta verlo realizado, sosteniendo por más de siete siglos una encarnizada lucha contra el poder saraceno que, merced á una traición, hubo de destruirlo por un poco poco tiempo, y oponiendo después una barrera invencible á la invasión del protestantismo que inundó en un lago de sangre á las naciones del Norte.

No permitais, oh poderoso defensor de España, que el espíritu del mal deshaga jamás una obra de tanta honra y que es la envidia de los otros pueblos, obra en que por tantos siglos trabajaron nuestros piosos y esforzados mayores. Así os lo pedimos todos los días, reclamando vuestro amparo en favor de una nación que siempre os llamará su Patrono.»

## Señores redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Mis estimados amigos: Me dirijo á Vds. rogándoles que me abran un lugar entre las columnas de EL PENSAMIENTO, para decir algo desde allí á esa turba de gentes admirables que aturden al mundo con sus despropósitos, copia de antiquísimas necesidades, pero dichas hoy con mayor realce de impiedad, y con toda la ridícula vez de un loco en plena luna. Esta es la verdad: los desdichados que gritan lívidos de coraje, son unos pobres locos, cuyo fuerte es la impiedad. Esta se explica bien por la desesperación de sus antojos ambiciosos; el desquiciamiento de su juicio ocurrió tal vez en algún trépido movimiento de cabeza, como si dijéramos, terremoto cerebral, determinado por la sorpresa de una sabiduría repentina, que coló con dificultad por entre las rocas y por los estrechos senos de sus cerebros.

Lastimosos es por más de un concepto que sea tan grave y tan sagrada la causa contra que se atreven á luchar desde ciertos periódicos esos hombres desatentados; si no fuera por esa imponente gravedad, que hace horrible á su sacrilegio crimen, habría ocasionado sabroso pasatiempo y risa en el exámen de esas gracias del género bárbaro, de esa literatura grotesca, inconsecuente é irracional, que expresa fielmente el espíritu reciente civilizatis, dama soñada en los delirios de la anarquía y de la impiedad, contrahecha y súa Dulcinea que trae mal asentado el juicio de los modernos Quijotes.

Mientras que los hombres de buena voluntad han visto con júbilo y con gratitud la luz clara que el Papa ha derramado por el mundo el día 8 de Diciembre, alumbrándonos en el camino de nuestra salud y descubriendo los hondos abismos que nos hacían estremecer en nuestro paso; mientras que los buenos hijos de la Iglesia han escuchado con mansedumbre y recibido con fidelidad la sublime enseñanza de su infalible maestro el Romano Pontífice, los ministros del error levantan el grito contra su inmortal Encíclica, y se atreven á protestar contra la doctrina del mismo, á quien por otra parte afectan escuchar como á su legítimo maestro. ¿Por qué, ya que tienen la inaudita desvergüenza de insultar al Padre amado de doscientos millones de católicos que los escuchan, no tienen también el valor de declararse lo que son, y por lo que el mundo sensato los tiene y sus obras les denuncian? ¿A qué esas fútiles y gratuitas distinciones en el ataque, que son el máximo del ridículo y el último clavo más seguro del que se empeñan asirse en su rebeldía? ¿No saben que ese trazo con que trabajan para cubrir la ignominia de su heregía, está lleno de agujeros y se cae á pedazos de puro viejo y gastado? ¿O por ventura creen esos hombres seriamente que pueden atacar á Pío IX, como Soberano temporal, en los actos que el obra como Supremo Pontífice de la Iglesia? ¿O creen que el Romano Pontífice, al sentarse en la sublime cátedra, habla política pura cuando propone á la fe de sus hijos las primeras verdades del orden religioso, como son Dios y la inmortalidad del alma?

Triste nos es que en esta desatentada bandería marchen tan osados algunos periódicos españoles, y tan al frente y en destinos de mando de esas obcecadas huestes. Y si no, ¿quién pudiera inspirar Satánas con más aliento y osadía que lo hace á *La Democracia* de Madrid?



La Inapetencia belga misma no ha tenido fuerza bastante, ni para sofocar ni para encubrir sus remordimientos, y languideciendo en su terrible lucha con ellos, postrado y convulso, tiembla ante la augusta figura de Pío IX, que se le aparece en sus visiones nocturnas enseñándole a los pueblos y a sus Reyes, lleno, dice, este periódico, de *magstad y grandeza*.

Pero en España parece que tenemos algún espíritu *plus fort*, que ve de otra manera al Papa cuando habla en su gloriosa Encíclica. La *Democracia* pudo sobrevivir, y el que escribió en ella pudo no quedar lelo y pasmado de su propio impío engendro, después de sentir que el infalible Vicario de Jesucristo era el día 8 de Diciembre un demente, que dejó en aquel documento sacrosanto un monumento de su debilidad cerebral. Ese monumento, dice el citado papeleo, quedará como muestra de la demencia propia de aquellos a quienes ha dejado de su mano la Providencia. ¡Conque aquella inteligencia que fué purificada y robustecida por el soplo vivificador de Dios mismo, para confirmar por su propio medio la fe de sus hermanos, se ha enflaquecido y disipado? ¡Conque aquella piedra inmortal, que aseguró Dios rodeándola de todo el misterio de su poder para perpetuar sobre aquel cimiento el edificio de su Iglesia, se ha quebrantado y demolido? ¡Y no se ha derrumbado sobre ella la magestuosa mole de la Iglesia toda, señor escritorillo?

Ese infeliz, que con manos sucias y con pluma mojada en el cieno de su corazón, ha escrito esas líneas, y otras dignas de sí mismo, nos ha dirigido el dardo á la cabeza de doscientos millones de católicos; nos ha querido herir el corazón donde todos nos estrechamos con el vínculo de la caridad, para amarnos allí como hermanos ó hijos de un mismo Padre, que está en los cielos...

Al sentir tan próximo el insulto, hecho con tanto orgullo como necesidad, nuestro corazón palpita de indignación, y nos provoca á lágrimas de dolor por la ofensa, y á lástima por el desdichado. ¡Quien quiera que sea ese infeliz, que tiembla ante la maldición de tantos buenos! ¡Que no blasfeme el impio en tierra de españoles!

La Iglesia católica, sociedad viva y perpetua, fundada por Jesucristo para la regeneración y salud de todos sus hijos, según la constitución que á su divino fundador plugo darle, es un cuerpo moral, que tiene su cabeza única, y la posee con la necesidad que un cuerpo físico tiene de la suya. Tal vez *La Democracia* no sabe esto: es probable que ignore la economía constitutiva con que vive el Catolicismo por un milagro perenne de diez y nueve siglos; y por no saber esto, ignora también lo que escribe. No conoce, de seguro, todo el calibre de su insulto, de su blasfemia, de su herejía, al sentar con un rasgo de su ligera pluma que la Iglesia universal, doctora infalible, columna indestructible de virtud y de verdad, *ha perdido la cabeza*, dando por demetida la del romano Pontífice, y por monumentos de demencia los conatos sublimes de la sublime enseñanza con que llena su misión divina.

Que no engañe ese escritor á sus cándidos lectores con la enorme falsía de que se refiere en sus artículos al Papa, como á un Soberano temporal, que habla en su Encíclica providenciando nada más que sobre sus estados temporales. Este aserto tiene una desgraciada significación de rebeldía de parte de quien escribe; pero sus lectores que no ensanchan por Dios sus elásticas tragaderas hasta engullir ese asqueroso engendro de obcecación y mala fe. ¡Por ventura, habrá alguno tan sándico y tan negado á la verdad, que al ver las verdades que el Padre Santo trata en su Encíclica, la manera de tratarlas, las personas á quienes se dirige, el modo con que se dirige, en plena autoridad apostólica, no vea en Pío IX al Vicario de Jesucristo, que con autoridad divina enseña y manda escuchar y obedecer? ¡Quién, al sentir en sus oídos ese augusto eco, no reconoce en él la magestuosa voz de Pedro, confirmado en la infalibilidad, que se sienta á enseñar á toda la Iglesia por ordenación del divino Maestro? Vano es afectar desconocerlo: quien no escucha esa voz es un gentil.

El desdichado autor de ese artículo á que nos referimos, está tan henchido de gracioso orgullo, que desafía á la celestial fuerza que sostiene las doctrinas del Sumo Pontífice, á que luche con sus ideas; y para mayor realce de su tontería, canta su propio triunfo ante la supuesta impotencia de la palabra de Dios... que se oiga, dice, la voz de Roma, *siguiera sea contraria á nuestras ideas. Ningún peligro encontramos en ello...* ¿Y qué ideas tendrá ese escritor que le constituyan en estado de saber algo de provecho? Ideas negativas, negación de otras tantas verdades, aire vano que trae flatulento su cerebro. ¡De qué podrá gloriarse la cabeza de un hombre que se propone negarlo todo para no saber nada? ¿Qué sabrá un hombre que no conoce y rechaza la primera ciencia del mundo, la ciencia más cierta del mundo, la ciencia más sublime del mundo por la sublimidad de su objeto y por la sublime autoridad del maestro que la enseña, que es Dios mismo? Desechado el magisterio del mismo Dios, cuándo hallará este hombre un maestro que le satisfaga para que comience á saber lo que aun no sabe?

Pero á él con estas cosas: él juzga de otra manera y piensa que lo sabe todo, y sueña en las fantasías de catedrático andante, que enseña y corrige al mundo y eandem tuerzas muy viejas, tan viejas que los dejó, dice él, por enderezar al mismo Jesucristo. Es un don Quijote, que tiene lácio el entendimiento, y vive en un mundo ideal de gigantes, á cuyo triunfo acomete para honra y gloria de su dama imaginaria, á quien flama la *idea moderna*. Que vuelva por sí este desventurado, que mire por su honra y salud, que aprenda la doctrina cristiana, que es lo más seguro y cierto, y en ella aprenda que el Papa es el Vicario de Cristo en la tierra, á quien todos estamos obligados á obedecer. Que no haga delirar y encocherar consigo á Sancho, prometiéndole insulas que no existen y gobiernos que no pueden ser para él. ¿Etien-de? Dios le abra el sentido, y le reduzca á tierra de más provecho para sí y para todos.

No digo más, amigos míos, ni á él ni á los suyos. Si ellos quisieran oír, harto y bien dicho les dicen ustedes á menudo, que les fuera bien útil aprender de memoria, siquiera como introducción al catecismo.

De V. afectísimo S. Q. B. S. M., Luis T. Ortiz, Presbítero.

Santander 10 de Enero de 1865.

Señores redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

VITORIA, 27 de Diciembre de 1864.

Muy señores míos y de todo mi aprecio: La soñal

tura del párrafo del discurso de la Corona relativo al reconocimiento del llamado reino de Italia, párrafo doloroso y eminentemente significativo, creo que debe irritar sobre manera, y sublevar los corazones de todos los españoles amantes de su Religión y de las glorias de su patria.

Creo que de todos los ángeles de la Península y de sus colonias debe levantarse un clamoreo universal, unánime y enérgico, que, puesto tanto se cacarea y decanta la opinión pública, ahogue y haga abortar en flor, un pensamiento tan insano, tan anti-español, tan anti-católico y tan monstruosamente inmoral é injusto.

¡Cómo! La España, la nación católica por excelencia, la nación proverbialmente caballerosa, honrada é hidalga, ¿había de reconocer las usurpaciones, los robos y las iniquidades sin cuento que se han cometido contra los legítimos é inofensivos Rey y Reinas de Italia, tan villanamente destronados, y sobre todo, contra el Vicario de Jesucristo, el inmortal Pío IX? ¡Oh! No. ¡Nunca! ¡Jamás! Sostengamos á todo trance los principios eternos, y las leyes inmutables del derecho y de la justicia. Y si la suerte nos fuese adversa, repitamos la hermosa frase de un Rey de Francia: «Todo lo hemos perdido, menos el honor.» En una palabra: *Fiat justitia et ruat mundus*.

Yo, por mi parte, aunque nada soy, nada puedo y nada significo en el mundo, protesto con todas las veras de mi alma, como católico apostólico romano é hijo de esta nación grande y generosa, contra el reconocimiento del infernal reino de Italia, y á la vez uno mi voz á las de los periódicos religiosos-monárquicos, á las de los nobles y valientes senadores y diputados que, con su lógica irresistible y arrolladora elocuencia, defenderán indudablemente los fueros de la justicia, de la honradez y conveniencias sociales, y también á la de la inmensa mayoría de los españoles, que presiento elevarán respetuosamente sus deseos, sus sentimientos y sus protestas á los pies del Trono, al Gobierno, al Senado y Congreso. Nada más por hoy.

Si la Providencia divina concede á Vds. años mil para sostener, como hasta aquí, las bases fundamentales de la sociedad, se habrán cumplido los deseos de su afectísimo servidor y capellan Q. B. S. M., Nicolás Herreros.

S. M. la Reina recibió ayer tarde en audiencia particular de despedida, al caballero Burenstam, encargado de Negocios de Suecia y de Noruega, el cual fué acompañado por el primer introductor de embajadores.

Decía anoche *La Epoca*:

«Hoy se ha dicho que varios ministros y personas importantes que apoyan al Gabinete se inclinaban á pedir á las Cortes un gran empréstito hecho por suscripción nacional, con la garantía de la desamortización, representado por títulos de la deuda pública ó billetes hipotecarios y pagaderos como los empréstitos nacionales de Italia ó Francia, por dozas partes. Nosotros, que tenemos fe y confianza en los recursos y patriotismo de la nación, aplaudiríamos altamente este medio de hacer frente á las dificultades de nuestra situación financiera.»

A esto añade hoy *El Independiente*:

«Lo que hay en esto de positivo es que el Gobierno va á exigir en calidad de empréstito á anticipo nacional, un año de contribución directa además de la ordinaria, dando al contribuyente en garantía cédulas hipotecarias, que, como es sabido, ganan un interés de 6 por 100, y las cuales se irán amortizando por décimas ó dozas partes, ó sea en diez ó doce años.»

Lo del empréstito ya lo habíamos oído el sábado por la noche; de la manera de reembolsarlo, no sabemos más que lo dicho por *El Independiente*.

Dícese que algunos amigos del general Pinzon, de acuerdo con los opositores, le preparan un gran recibimiento para cuando llegue á Madrid.

En los días 15 y 16 de Febrero próximo se verificarán en el distrito del Barquillo de esta corte, las segundas elecciones para diputado á Cortes, por renuncia que ha hecho de este cargo el señor conde de Belascoín, electo para representar dicho distrito.

Según dice anoche *El Reino*, una comisión de diputados de la unión liberal se ha acercado al presidente del Congreso para excitarse á que continúe la discusión de actos en dicho cuerpo, interin tienen lugar en el Senado los debates del mensaje.

## ULTIMA HORA

### TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 16 (por la mañana recibido el 17 por la tarde).

Hasta el día de hoy, seis Arzobispos y diez y seis Obispos, y entre ellos dos Cardenales, senadores del Imperio, han protestado contra la circular del ministro de los Cultos prohibiendo la lectura integral de la Encíclica del Papa.

Esa hostilidad de los Prelados franceses preocupa seriamente al Gobierno Imperial.

VIENTA, 16.

El Príncipe Federico Carlos de Rusia ha sido recibido por el Emperador Francisco José y ha conferenciado largamente con el baron de Meyendorff, ministro de los Negocios extranjeros, y con M. de Schmerling.

LIVERPOOL, 16.

Las noticias de New-York confirman la relativa al *meeting* celebrado por los habitantes de Savannah en favor del restablecimiento de la paz.

Estos últimos piden una convocación de todos los habitantes, que se pronunciaran por medio del sufragio universal si deben ó no someterse á la autoridad constitucional de los Estados del Norte.

El general Hood ha atravesado el río Tennessee.

Nada nuevo del ejército del general Grant.

PARIS, 16.

Se ha asegurado hoy en la Bolsa que Méjico entregará á Francia el Estado de Sonora como garantía de su deuda.

El estado de salud de Proudhon y del coronel Charzas está desesperado.

Cartas de Roma con fecha del 6, dicen que

el Sr. Obispo de Nimes ha protestado contra la Encíclica (1).

NEW-YORK, 5.

El general Sherman ha aplazado el movimiento proyectado de su ejército.

Los periódicos de Richmond proponen que se decretase la emancipación de los esclavos en cambio del reconocimiento del Sur por parte de Francia y de Inglaterra.

## CORTES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.

Sesion celebrada el día 16 de Enero de 1865.

Se abrió á las dos y cuarto, y leída el acta de la anterior, fue aprobada.

Fueron aprobados sin debate alguno los dictámenes de la comisión de exámenes de calidades, relativos á las de los Sres. D. Manuel Gasset, D. Felipe Ruiz, conde de casa Ruiz, D. José Sánchez Ocaña y D. Tomás Retortillo.

Se leyó y quedó sobre la mesa para discutirse en la próxima sesión el dictamen de la comisión de peticiones relativo á la exposición suscrita por la Academia homopática española, de que se dió cuenta en la sesión del viernes 13 de Enero, dictamen que decía así: «La comisión de peticiones es de dictamen que la precedente exposición pase al Gobierno de S. M.»

El Senado, sin embargo, resolverá lo más conveniente.

Palacio del mismo 16 de Enero de 1865.—Concha.

—Sexto.—Rey.—Sanchez Silva.

Previo anuncio del señor presidente, juró, tomó asiento en el Senado é ingresó en la segunda sección el Sr. D. José Sánchez Ocaña.

### ORDEN DEL DIA.

Continuación del debate pendiente sobre el dictamen de la mayoría, al discurso de contestación al discurso de la Corona.

El señor PRESIDENTE. El Sr. Bermúdez de Castro continúa en el uso de la palabra.

El Sr. BERMÚDEZ DE CASTRO: Señores senadores, tengo el disgusto de seguir molestando al Senado, aun cuando procuraré que sea lo menos posible, con la continuación del discurso que tuve el honor de pronunciar en la sesión del sábado, no obstante que entonces traté de contraer mis argumentos á lo más preciso, sin deducir las consecuencias que de ellos se desprenden, omitiendo otros muchos de que podía haber hecho uso: de todos modos, contra mi voluntad ocupé al Senado más de lo que pensaba, y voy en el día de hoy á concluir mi discurso tratando lo más brevemente que me sea dado la cuestión de Hacienda; esa cuestión que, tanto en el discurso de la Corona como en el dictamen de la comisión, se nos ha pintado con un carácter tan grave como si casi fuese de una solución imposible. Al ocuparme de ella tengo que hacerme cargo de algunas aseveraciones del Sr. Pastor, así como del discurso del señor ministro de Hacienda.

Yo aplaudo el fin patriótico que movió al Sr. Pastor á presentar su enmienda, así como lo manifesté por el señor ministro de Hacienda, que prueba los conocimientos especiales que tiene en este ramo, sin que por esto diga que estoy conforme con sus doctrinas. El Sr. Pastor, de cuyas doctrinas libre-cambistas estoy muy lejos de participar, expuso su brillante teoría; y al hacer esto sentó dos ó tres aseveraciones que yo debo rectificar ante todo, pues si bien fueron expuestas ya en la legislatura pasada, y quedaron contestadas, han sido consignadas de nuevo; y no teniendo asiento en este alto Cuerpo la persona á quien se dirigían como un cargo, cumplo en dar contestación conveniente.

El Sr. Pastor dijo que se había desnaturalizado la índole de la Caja de depósitos por el Sr. Salaverría cuando siendo ministro de Hacienda se expidió un decreto aumentando el interés que la Caja de depósitos pagaba con arreglo al decreto orgánico del año 32; y nada hay más exacto que eso, pues el Senado recordará muy bien que el objeto que se propuso aquel ministro no fué el de aumentar el interés, sino por el contrario, bajarlo; pues abonándose el 5 por 100 indistintamente á todas las cantidades que ingresaban en la Caja de depósitos, venía á tenerse en este establecimiento una especie de cuenta corriente con un 5 por 100 de interés, y se evitó por medio de ese decreto rebajándose notablemente el interés, no dándose el 6 sino cuando las cantidades se consignaban desde nueve meses en adelante, práctica que tiene un ejemplo también en otros países de Europa.

Hablé también S. S. de las Deudas amortizables, y dije que por no haberse querido hacer la amortización de los títulos á los tipos marcados en la Bolsa, la de París se nos había cerrado; y esto no es tampoco exacto, pues el tipo adoptado para la subasta fué un término medio entre la cotización de París y la de Madrid, siendo la causa de que se cerrara la Bolsa de París el que se hizo una jugada en Francia en que esa Deuda se cotizó á más valor que el que en realidad tenía, y cuando el que hizo esa jugada no pudo satisfacer sus compromisos, y aquellos á quienes habían ido á parar esos valores acudieron al Gobierno español, lo que no podía concedérselos.

También nos dijo hablando de la amortización que la Deuda pública no representaba nada más que las guerras ó desfiladeros; y si bien yo no puedo negar al Sr. Pastor que en mucha parte de esto tiene razón, no puedo estar de acuerdo con S. S. en lo que hace referencia al período que media desde el 59 hasta la fecha; porque sabe muy bien el Senado que la deuda de estos cinco últimos años está representada por millares de kilómetros de caminos vecinales, por cuatro ó cinco mil kilómetros de ferro-carriles, para los que ha contribuido el Tesoro con la subvención oportuna; por las fortificaciones de Mahón, Santañá y otros puntos; y últimamente, por esos buques que hoy defienden el pabellón español en remotos climas. Podrá haber duda, por consiguiente, acerca de si la inversión ha sido buena ó mala; pero no puede decirse que no está representada, pues ya he manifestado al Senado lo que se ha hecho con ella.

Contestando el señor ministro de Hacienda al señor Pastor en lo relativo á las deudas amortizables, manifestó que su posición era sumamente delicada, y que se reservaba exponer su opinión, porque no podía dar lugar á esperanzas que pudieran verse lasimadas, ó vice-versa; y yo me permití decir á su señoría que por esa misma razón había debido exponer francamente su pensamiento, pues ese era el único modo de evitar lo mismo que S. S. teme, mucho más cuando tan oportuna ocasión se le había presentado para hacerlo; pues aun cuando las leyes relativas al crédito público y á la Hacienda deban ser presentadas con preferencia al otro Cuerpo colegislador, esto no se opone á que aquí se den las explicaciones necesarias cuando se presenta oportunidad para ello.

Decía el señor ministro de Hacienda que no era su intención hacer cargos á ninguna de las administraciones anteriores, pues comprendía demasiado la desgracia que era el tener que sentarse en el banco que S. S. ocupa; y sin embargo, tal vez contra su voluntad, se le escapaba la acusación más fuerte, y al mismo tiempo la más inexacta que podía hacer á alguna de las administraciones anteriores. Abundando S. S. en las ideas del Sr. Pastor, decía que la Hacienda se hallaba en mal estado, y que no podía menos de estarlo cuando hacia tantos años que venía habiendo déficit, cuando el año 62 hubo uno de 590 millones de reales, y cuando por término medio el déficit anual hasta el día ascendía hasta 405 millones.

Pero yo creo que S. S. padeció en este punto una notable equivocación, porque no hay semejante déficit de 405 millones al año, ni hubo el de 590 el año 62, según nos revelan los mismos datos oficiales.

(1) Nota de la Agencia: La noticia relativa al Obispo de Nimes puede ser una interpretación inexacta del parte. Este dice textualmente: «Lettre datée Rome 6 eveque Nimes proteste Encyclicue.»

en los que ni aun aparece tal cifra en la época en que se cambió el año económico, y cuyo ejercicio duró 18 meses. Lo único que resulta, según esos datos, es un déficit de 94 millones por término medio al año; siendo de notar que en los años de 59 y de 60 fué insignificante, y que si aumentó en los demás fué por la falta de un crédito muy considerable, que es el relativo á Ultramar, cuyos fondos no habían podido dedicarse á los presupuestos á que venían asignados, pues á causa de la crisis de la isla de Cuba y de los acontecimientos de Santo Domingo, no sólo dejaron de ser cantidad que ingresase en el Tesoro lo que estaba considerado como ingreso ordinario, sino que hubo necesidad de remitir fondos para subvenir á aquellas atenciones; y aun cuando todavía se agregue á este déficit el que ha habido desde 1.º de Junio de 1863 á 30 de Junio del 64, nunca resultarán más que 110 millones y medio al año.

Como vé el Senado, esta cifra está bastante distante de la que indicaba el señor ministro de Hacienda, cuya aseveración podía ser de graves consecuencias, razón por la que yo me creo en el deber de hacer estas observaciones para devolver la confianza á los ánimos.

La equivocación de S. S. procede en mi concepto de haber confundido el presupuesto ordinario con el extraordinario, sin tener en cuenta que este es enteramente distinto, y que procede de la ley hecha en las Cortes el año 59, en que se dotó á ese presupuesto con productos propios completamente independientes del presupuesto ordinario, á los que después se agregaron algunas cantidades más.

El ministro de Hacienda, entones, comprendiendo que estos productos podrían no ser realizables tan pronto como tuviesen efecto los gastos, pidió y obtuvo de las Cortes una autorización para crear valores que supliesen á esta necesidad; pero la confianza era tal entones, que acudieron á la Caja de depósitos grandes cantidades que el Gobierno utilizó más económicamente que si hubiera hecho uso de la autorización que se le concedió.

Hemos visto, señores, cuál ha sido el déficit desde el año 59 hasta la fecha, y en qué ha consistido; pero si examinamos el ejercicio de los presupuestos desde el año 51, en época en que no nos ocupábamos como ahora en obras públicas y en que los servicios de los presupuestos eran más exigüos, nos encontraremos con que el déficit era mayor, pues á 500 millones que hubo de déficit hay que agregar los 300 millones, para los que tuvieron que emitirse títulos del 3 por 100, de suerte que la administración del año 58 no sale muy bien parada en este paralelo.

Volviendo, señores, al presupuesto extraordinario, es preciso dejar consignado que cuando el Sr. Salaverría salió del ministerio de Hacienda, toda la Deuda flotante estaba representada por valores procedentes de la amortización civil; y si alguna podía haber que no tuviese esta garantía, era procedente de la época que acabó de citar; de suerte que no ha podido decirse que estábamos en una situación tan desesperada, ni mucho menos que no fuera fácil salir de ella; y la exactitud de lo que acabo de demostrar voy á probarla al Senado de una manera concluyente, porque voy á valerme de los datos que nos han suministrado personas que han ocupado en diferentes épocas el puesto en que S. S. se encuentra hoy.

Cuando dejó el Sr. Salaverría la cartera de Hacienda y se puso al frente de la administración el Gabinete presidido por el señor marqués de Miraflores, tomó á su cargo el departamento de Hacienda un alto funcionario de larguísima carrera y merecida reputación, el que en un bien meditado discurso, y respondiendo á la alarma que se había difundido, manifestó que no había fundamento alguno para ese temor, pues para responder á eso que ha dado en llamarse déficit, tenía el Gobierno valores realizables á mayor ó menor fecha por la cantidad de 3,000 millones, de manera que estábamos en condiciones de completa solvencia.

Suceso á este señor ministro de Hacienda el señor Moreno López, que se separó del ministerio por cuestiones políticas, y vino á ocupar su puesto otro alto y celoso empleado, el Sr. Lascoiti, el que refiriéndose al presupuesto extraordinario, dijo que el Tesoro contaba con los valores suficientes para cubrir esos gastos que se habían hecho.

En el ministerio presidido por el Sr. Arrazola entró el ministro de Hacienda el Sr. Trápita, cuya autoridad no debe ser sospechosa para el actual señor ministro de Hacienda, mucho menos todavía si se tiene en consideración que S. S. era presidente de la comisión de presupuestos que examinó los presentados por el Sr. Trápita; pues bien este señor ministro de Hacienda decía que podía contar con un capital efectivo de más de 3,000 millones para saldar los descubiertos del Tesoro, y de consiguiente que había una confianza completa de que los acreedores no podían sufrir perjuicio de ninguna especie. ¿Qué más prueba se puede presentar al Senado de que esa situación que hoy se nos presenta con tan negros colores no se ha considerado hasta ahora? Y es de notar, señores, que en esta última ocasión que he citado no se le ocurrió al señor Barzanallana hacer ninguna observación en el sentido que hoy se expresa, no obstante que tenía todos los datos á la vista para poder juzgar con el acierto necesario.

Vamos á ver si ha podido variar en algo la situación que tres ministros de Hacienda nos decían que no daba motivo de desconfianza de ninguna especie cuando el Sr. Salaverría volvió á encargarse de la cartera de Hacienda en el ministerio presidido por el Sr. Mon.

¿Qué operaciones pudo practicar el Sr. Salaverría en los meses que estuvo al frente de ese departamento?

El Sr. Salaverría no hizo más que facilitar los medios de que el Tesoro pudiera cumplir sus compromisos: una sola dificultad se presentaba, y esta era motivada por la crisis metálica que había sobrevenido en toda Europa; pero vino á las Cortes proponiendo dos medidas importantes, la primera relativa á los billetes hipotecarios, y la segunda la que se refiere á la autorización para emitir títulos del 3 por 100 por 600 millones de reales efectivos; de manera que al decir S. S. que nadie se atrevía con los empréstitos, podía haber recordado que el Sr. Salaverría le allanaba el camino autorizándole para hacerlos con 600 millones efectivos.

Antes de ocuparme de algunos otros puntos relativos al ministerio de Hacienda, tengo que decir algunas palabras respecto á lo que el señor ministro de Marina manifestó aquí días pasados, porque es la más grave acusación que se pueda hacer al Sr. Mon.

pues nos dijo que dignos oficiales que visten el uniforme de la marina española, y que están comisionados en Londres para los servicios que les tiene encomendados el Gobierno, no pueden salir á la calle sin exponerse á ser presos por deudas, cargo que se dirige indudablemente á las administraciones anteriores, pero que no puede menos de rechazarse por su falta de exactitud, puesto que cuando el Sr. Salaverría entró en el ministerio de Hacienda durante la administración del Sr. Mon, á consecuencia de una nota que se le entregó por el Tesoro, relativa á las cantidades que se necesitaban para cubrir las obligaciones de los diferentes contratos que para el servicio de la marina se habían hecho, y que ascendían á 23 millones, remitió 22 millones, lo cual era un gran esfuerzo por la dificultad que había en los cambios; además envió los azoques bien existentes, con los cuales se podía obtener muy bien 20 millones más.

¿A quién se puede atribuir, pues, el estado en que se encuentran esos comisionados? Seguramente que no puede atribuírsele á nadie más que al que haya empleado esos fondos en satisfacer otras obligaciones distintas de aquellas para que estaban destinados; pero de ningún modo al ministerio que atendió con las sumas bastantes para que no tuviera lugar ese conflicto.

La verdad es, señores, que desde cuando datan los apuros, desde cuando la situación es desesperada, es desde que los actuales señores ministros se han encargado de la administración del país, y esto no puede consistir en otra cosa que en una causa política, que es, á mi entender, la de que á pesar de las cualidades del señor duque de Valencia, y contra la voluntad de los mismos señores ministros, esta administración no inspira la confianza que han inspirado otras administraciones, y la prueba más evidente de ello la tenemos en la baja de los fondos públicos.

En 1.º de Julio, después de cortado el cupón, en la época en que los fondos públicos suelen estar más bajos, se cotizaba nuestro 3 por 100 á 51 y medio; llegó el mes de Setiembre, y empezaron á cotizarse á más bajo precio cada día, hasta el punto de que hoy se cotizan á 44 poco más. Esto es nacido de la desconfianza que se ha apoderado del público, que ha dado motivo también á que los imponentes de la Caja de depósitos acudan á recoger sus capitales en cantidades mayores que las que retiraban antes; procediendo esto, no sólo de la desconfianza que ya se había producido, sino también del nuevo sistema en que ha entrado el Tesoro respecto de la deuda flotante, abando un interés mayor que el que daba la Caja de depósitos, resultando de aquí más beneficios retirando esos capitales destinándolos á las negociaciones con el Tesoro que el dejarlos consignados en Caja, siendo inútil que se haya tratado de volver á inspirar confianza, porque los medios empleados han dado resultados contrarios.

Reunido el señor ministro de Hacienda en su despacho una porción de personas de todas las clases sociales; les hizo presente el angustioso estado del Tesoro, y esto aumentó la desconfianza, concienriendo todavía una circunstancia notable de que concienriendo los periódicos respecto á lo que se había propuesto acerca de los billetes hipotecarios, para los que la ley disponía determinados trámites. Entónces empezó, como sucede siempre en tales casos, á hablarse de proyectos de anticipos y demás que se ocupa siempre el público en estas ocasiones, y hasta había quien indicaba que se había construido un empréstito de esta ó de otra clase; que no era verdad, habiéndose de negociaciones que no tenían ningún fundamento, pero que venían á aumentar la desconfianza.

Se apelo también al medio de subir el interés de las cantidades que ingresasen en la Caja de depósitos, rebajando el minimum de la cantidad que se podía llevar á 500 rs., con lo que este establecimiento se convertía en una Caja de ahorros, resultando de esto un mal, porque lo primero que se ocurre es decir que cuando se da un interés tan crecido no debe haber gran seguridad.

El señor ministro de HACIENDA: Ya está puesta esa reserva.

El Sr. BERMÚDEZ DE CASTRO: Eso habrá sido después de la tercera semana de Diciembre á que yo me referí. De todos modos, yo me felicito por ello.

A todo esto se agregó el haberse hecho largos señalamientos para el pago del semestre; pues lo ha habido, según parece, para Marzo y para Mayo, y aun oigo alguna voz que para Junio; y si bien esto ya podía ser un mal grave, todavía no tenía tanta trascendencia hasta que el señor ministro de Hacienda expidió una Real orden diciendo que se recibiesen como metálico en la Caja de depósitos los cupones vencidos el día 1.º de Enero; medida que, si bien es justa, puesto que los acreedores tienen el derecho de percibir los intereses á su vencimiento para disponer de ellos en la forma conveniente, tiene la dificultad de dar á entender al público que no se puede pagar.

He concluido, señores, mi tarea; y así como el señor ministro de la Gobernación concluía pidiéndonos vuestro voto en nombre del partido moderado, porque ninguna cuestión había dejado pendiente el Gobierno; yo, que he demostrado que ninguna ha resultado satisfactoriamente, os pido que ese voto no lo deis, porque contribuyen lo á que se perpetúe la administración del duque de Valencia haremos un gravísimo mal á la patria y á la Reina.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores senadores, no voy á contestar á todo el discurso del señor senador que acaba de usar de la palabra; esa tarea está encomendada á mi amigo y compañero el señor ministro de Estado, á quien le será fácil destruir los ligeros argumentos con que dicho señor senador ha entretenido por cerca de dos días la atención del Senado. El señor ministro de Hacienda contestará también en la parte que pertenece á este departamento, y estoy seguro que no dejará nada que desear para la mejor ilustración del Senado.

Voy á ocuparme solamente de una cuestión personal, de un agravio que me infligió el señor senador Bermúdez de Castro, y que no puedo ni debo dejar que pase desapercibido, pues me hace no quedar sin la competente contestación. S. S., después de haberme hecho tal agravio abusando de estar en el uso de la palabra y de que el señor presidente tuvo por conveniente, porque así sería justo, no dejarme dar ninguna explicación, y atendido por los aplausos que sus amigos, que no se sientan en estos bancos, le tributaban, faltando al respeto que debían tener á este sitio, se esforzó en las imprecaciones que contra mi persona dirigía.

El Senado conocerá el sentimiento que yo he tenido desde que ese exceso tuvo lugar hasta el momento en que yo puedo dar una completa satisfacción al Senado. Los señores senadores, que conocen todos el sentimiento que tiene el hombre de honor cuando se ve atacado en él, comprenderán lo que yo he sufrido desde que aconteció el hecho á que me refiero hasta el momento en que voy á volver por mi honor ultrajado.

Solo el Sr. Bermúdez de Castro es el que no comprendió este género de sentimiento, y no me dejó dar las explicaciones necesarias, que hubieran puesto las cosas en su lugar. Voy á la cuestión: el señor Bermúdez dijo que cuando el Sr. D. Javier Isturiz tenía organizado su ministerio ya me había presentado yo en la cámara de S. M., y dió á entender que yo había dicho, al explicar las causas de la crisis cuando acerca de este punto hablé en el Senado, que S. M. me había rogado que continuara el ministerio que yo presidía; y añadía S. S.: yo no creo que yo creo es que quien suplicó fué el general Narváez. No es cierto, señores, que yo me presentara en la cámara de S. M. antes de que recibiera la orden de la Reina para que me presentara allí.

Durante la crisis yo no he salido de mi casa, y he tenido cuidado de no hacerlo para no faltar al deber que tenía saliendo para otra parte de ir á tomar las órdenes de la Reina; porque no quiero dar lugar á que pudiera interpretarse de cierto modo una visita que yo hiciera á Palacio. Yo no fui á la cámara de S. M. hasta que recibí sus órdenes para que compareciese á su presencia. Yo no dije en la explicación que di al Senado de las causas que motivaron la dimisión del ministerio que tengo la honra de presidir ni una palabra que pudiera hacer sospechar que la Reina había rogado al ministerio que continuase; al contrario, yo dije que S. M. nos ordenó, y recordé al Senado los términos en que me expresó, dignos de un súbdito obediente y que conoce toda la altura de la Magestad.

Yo no rogué tampoco; yo no podía rogar; hay cosas que no se ruegan; yo rogaré á S. M. que me tenga como el súbdito más obediente, más sumiso, por el que más la ama. ¿Por el que la ama tanto como el que más; pero no rogaré nunca que me confíe un ministerio, ni mucho menos en aquella ocasión que estaba deseando que S. M. nombrase un ministerio que pudiera gobernar con mayor utilidad para el servicio público; porque siendo así, tendría yo mucho placer en entregarme á la quietud y al descanso, que lo que yo hago mucho tiempo estoy ansiando.

Vea el Senado si yo tengo razón para estar ofendido de las palabras que se permitió S. S., y de los juicios gratuitos que se sirvió emitir. Cuando expresé al Senado los motivos de la crisis, lo hice del modo que voy á tener la honra de recordar y de leer á los señores senadores; yo voy á decir muy pocas palabras sobre esto, porque si los ministros estamos autorizados para contar todo lo que pasa en la cámara de la Reina, ni los actos que tienen lugar en el regío Alcázar pueden ni deben ser objeto de debate en ninguna parte. Entre S. M. y su Gobierno, hubo sobre cierto punto una diferencia de apreciación; y los ministros, llevando al último extremo su respeto á los preceptos constitucionales, y respetando también una de las prerogativas más importantes de la Corona, en el momento mismo pusieron á los pies de S. M. su dimisión, pidiéndola, rogándola, suplicándola que eligiese otros ministros con los cuales no tuviese S. M



Esto, lejos de ser un motivo para hacer un cargo al Gobierno, lo es para tributarle aplausos, aun para los mismos que están en la oposición, porque es dar una prueba, al par que de constitucionalismo, de respeto, de desprendimiento, de nobleza y caballería.

S. M., después de algunos días, tuvo a bien llamar a los ministros, y con una corta explicación desapareció la disidencia. S. M. nos honró más de lo que merecíamos, y ordenó que siguiéramos en nuestros puestos, manifestándonos que gozábamos de toda su confianza. Tuvimos mucho gusto en obedecer a S. M., y volvimos a este puesto, en el que seguimos hasta que nos falte la confianza de la Corona o el apoyo del Parlamento.

Ahora bien, señores: al oír decir al Sr. Bermúdez lo que no era cierto, pronunció la palabra *falso*, que con relación a los hechos que decía estaba en su lugar; si el Sr. Bermúdez hubiera referido hechos que hubiera visto, que hubiera oído, de los cuales hubiera sido testigo presencial, y hubiese dicho yo esa palabra, habría sido desmentir a S. M.; que eso no lo he hecho yo ni lo haré nunca, porque yo, señores, he dirigido la palabra muchas veces al Parlamento en mi larga carrera política, unas como Senador, otras como ministro de la Corona, otras, en fin, como diputado, y yo desafié a cualquiera a que se levante y diga, y fuera de aquí, en la prensa o por otro medio, si yo en alguna ocasión he cometido la más pequeña falta de respeto a lo que se debe, no sólo a los representantes de la nación, sino todo caballero a sí propio cuando habla en público y se dirige a otra persona.

Yo desafío que haya uno que diga que no he sido siempre comedido y circunspecto, y si yo he sido una cosa es ser comedido y generoso, ser tolerante en las discusiones, y otra cosa es defenderse de imputaciones graves como las que me ha hecho el señor senador a quien contesto. S. M. decía que el presidente del Consejo de ministros, por serlo debe tener más mesura y más consideraciones: no, Sr. Bermúdez de Castro, debe tener las mismas que los señores senadores. Pues qué, ¿somos de peor condición? Pues qué, ¿venimos aquí al banco de los acusados para que se nos llene de improperios y no podamos defendernos con la energía que es necesaria? Que se nos trate con urbanidad, con decoro, y nosotros nos suscitaremos las cuestiones que aquí se han provocado, ni tendríamos necesidad de hablar en los términos en que lo hago ahora.

Yo a S. S. no le desmentí; lo que dije fué que no era cierto lo que S. S. aseguraba: quien me desmentió a mí fué S. M., porque habiendo yo dicho en el Parlamento lo que había pasado, habiendo yo explicado cuanto acerca de este punto había ocurrido, y yo presencié, afirmar S. S. otra cosa y de una manera ofensiva, eso era verdaderamente desmentirme. Veo los señores senadores si di causa para que S. M. me diera las lecciones que pretendió darme cuando no podía levantarme a rechazarlas; y como S. M. dijo todas las palabras que no quiero ahora referir y no debo conisultar, todas las reuno ahora, dejándolas a la consideración de los señores senadores, y las cargo sobre la conciencia del Sr. Bermúdez de Castro.

El Sr. BERMÚDEZ DE CASTRO: Voy a contestar al señor presidente del Consejo con un sentimiento de moderación y de templanza. Señores, la primera parte del discurso que S. S. acaba de pronunciar confieso que me tenía inquieto, porque deseaba saber ese agravio que suponía haberle yo inferido, tal vez en el calor de la improvisación, para darle las satisfacciones convenientes; pero no he podido comprender cuál haya sido. La cuestión versaba sobre la crisis última, y S. S. no puede quejarse de que yo le haya desmentido, toda vez que S. S. comenzó por decir que lo que pasa en la Regia cámara no podía revelarse en estos Cuorpos; y justamente mi argumentación consistió en oponerme a esa doctrina, creyendo, como creo, que lo que pasa en la Regia cámara, cuando se traduce en hechos tangibles, es del dominio del Parlamento. Porque, señores, cuando se hace misterio, cuando se dice que no se revela eso, se da lugar a pensar que había algo que decir contra una persona tan alta y augusta, que nada puede hacer que no sea noble y digno.

Esta teoría es la verdaderamente monárquica y constitucional y la que se practica en todos los países. Citaré un ejemplo. A fines de 1845 hubo una discusión en el ministerio que presidía sir Roberto Peel en Inglaterra; el Gabinete presentó su dimisión, y la Reina llamó a lord John Russell, quien no pudo formar otro, continuando por encargo de S. M. sir Roberto Peel. ¿Y qué sucedió en cuanto se abrió el Parlamento? Que tanto el uno como el otro de estos dos hombres de Estado se anticiparon a dar todas las explicaciones que las Cámaras tenían derecho a exigir; y que no solamente se refirió todo lo que había pasado, sino que hasta se leyeron las cartas que habían mediado entre sir Roberto Peel y la Reina durante la crisis.

Y a nadie se le ocurrió tachar esa conducta de poco monárquica; pues en Inglaterra, al mentar el nombre de la Reina, se hace como el de una persona sagrada, inviolable, incapaz de todo mal y autora de todo bien. Esta es la teoría constitucional; pero esta no la de los que dicen: «No se puede hablar de lo que pasó en la Cámara de la Reina; entregados a las cavilidades que queráis.» Ahora bien: ¿dónde está el agravio que yo dirigí al señor presidente del Consejo de ministros? Yo pregunté si era cierto que el ministerio había presentado su dimisión, y que esta dimisión había sido aceptada; y añadí que cuando el señor Estáriz iba a jurar, el señor general Narváez le había retirado, y que el señor general Narváez había rogado a S. M.; en cuyo momento S. S. me interrumpió con la palabra *falso*. ¿Es agravio suponer que el Sr. Narváez haya suplicado a S. M.? Pues entonces yo no puedo retirar el agravio, pues a ningún español le considero ofendido por decir que ha suplicado a S. M. Por lo demás, el Senado ha oído de mi boca alguna expresión que pueda calificarse de impropio, como ha asegurado S. S. ¿Ni cómo podía haber sido? ¿Pues no conoce el señor duque de Valencia que en ese caso me hubiera llamado al orden el presidente de la Cámara, cumpliendo con su obligación? No quiero decir más sobre este punto.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pido la palabra.

El Sr. PRESIDENTE: La tiene V. S. El Sr. Presidente del CONSEJO DE MINISTROS: El Senado oyó lo que el Sr. Bermúdez de Castro dijo en la sesión a que nos hemos referido; el Senado me ha oído a mí; el Senado acaba de oír la rectificación de su señor; el Senado, pues, juzgará, porque escrito está todo, y cada señor senador podrá fallar y decir allí en su ánimo quién de los dos tiene razón, si el Sr. Bermúdez de Castro en su injusta agresión, ó yo en mi defensa.

El Sr. Bermúdez de Castro ha proferido unas palabras que no debo dejar sin contestación. Ha dicho su señoría que S. M. no hace nada que no sea noble, que no sea debido, y por consiguiente que se puede y se debe hablar de todo lo que dice y de todo lo que hace S. M. Señores, yo no profeso esa doctrina. Efectivamente, todo lo que hace S. M. es noble, es elevado, es grave: nada hace que no se pueda decir; pero de que se pueda decir ¿se habrá de inferir que precisamente se haya de decir? ¿Es conveniente que traigamos a discusión a cada momento las conversaciones de S. M.?

La conducta de S. M. siempre es noble, siempre es grande, siempre es generosa; pero no debemos discutir siempre. Aquí no se debe decir más que lo que es puramente preciso, lo que exige en cada caso el régimen constitucional, lo que deben saber los Parlamentarios: eso se ha dicho ya. Si hubiese sido necesario decir más, habríamos dicho más; pero en esta ocasión no tenemos más que decir. Así es que cuando nos hemos presentado asegurando que merecíamos la confianza de la Reina, hemos dicho cuanto teníamos que decir.

El Sr. PRESIDENTE: Tiene la palabra el señor marqués de Molins para una alusión personal. El señor marqués de MOLINS: No es una, son varias, pues a excepción de los ministros, el señor duque de Tetuan y algún otro senador, ninguno ha sido aludido tantas veces como el que ahora ocupa vuestra atención. El Sr. Calderón Collantes me aludió citando

cuatro versos míos, aplicando lo que yo en ellos decía de una ciudad conquistada a lo que S. S. afirmaba de una ciudad anexionada. Dejo esta alusión a un lado. Luego el señor ministro de la Gobernación, sincerándose de haber abandonado el partido progresista, dijo que se había separado antes de que subiera al ministerio el Sr. Olózaga, y recordó que antes formaba ya parte de un grupo político no progresista que se reunía en casa de un senador que le escuchaba. Ese senador era yo, y esa casa la mía. Ya veis que la alusión fué directa; pero tampoco traté de ella, en obediencia al señor presidente, y en beneficio de la discusión.

Después el Sr. Bermúdez hizo recordar una interpellación mia al declarar que la cuestión del Perú no era cuestión de sentimentalismo, y por último su señoría trató duramente al ministerio de 1854. Señores, tiene aquella administración la desgracia de que cuando yo en todos los bancos del Senado personas que ocuparon entonces altísimas posiciones, todos tienen por conveniente repetir aquellas palabras de San Pedro: *Non novi hominem*. Pues bien: a pesar de lo terminante de esa alusión, tampoco contesto. (Rumores.) ¿A qué contestas? me dice ese rumor. Voy a decirlo.

Hablaba días pasados el señor ministro de la Gobernación del Gobierno de la nación por la nación misma; y esa frase, que pudo usar muy bien en un documento literario, cuadra perfectamente para el propósito que voy a revelar, y que es más serio a importante. Pero como la nación no puede estar en permanencia, de aquí que deba ser gobernada por sus representantes. ¿Y quiénes son estos?

En primer lugar hay un representante perpetuo e inalienable, que es la institución monárquica; representación de lo pasado, y por eso es dinástica; representación de lo presente, y por eso hace todas las funciones que la Constitución le señala; representación de lo venidero, y por eso es hereditaria. Bajo esta representación hay otra más móvil, de los intereses de la sociedad del momento, que es el Congreso de los diputados, y otra de los intereses más permanentes, que es la Cámara alta; deduciéndose de este análisis que la Cámara de diputados tiene que ser menos y ha de tener un ingreso más paulatino. Pues bien: voy a leer un estado cuyos guarismos encierran graves consideraciones respecto a nuestra actual política. (S. S. leyó un estado que se inserta en el *Diario de las Sesiones*, comprensivo del número de individuos de que constan ambas Cámaras en los países constitucionales de Europa.)

Como ampliación a este estado, señores, conviene recordar que el Rey Víctor Manuel no hizo más que 20 señadores cuando últimamente se trató de la unidad de Italia; y que en Inglaterra, en una cuestión en que el ministerio aparecía con sólo 18 votos en la Cámara de los Comunes, y convirtiéndose a la compensación con otra mayor en la de los lords, y habiendo quedado, sin embargo, en minoría en esta el ministerio, que en aquel país hubiera podido encontrar 900 candidatos con las condiciones de elegibilidad para entrar en la Cámara hereditaria, no quiso hacer ningún nombramiento.

En España podría contentarme, para conseguir el objeto que me propongo, con exponer un guarismo (ya que la tarde es de guarismos); podría contentarme con decir que hay 380 senadores por 349 diputados, ó sean 110 senadores por cada 100 diputados. ¿Hay en esto moderación, señores? Yo reconozco como moderados a todos los señores ministros; ¿pero es moderada su conducta? ¿Es moderación elevar la alta Cámara hasta un guarismo que no tiene ejemplo en ninguna parte? Recordaré la historia senatorial de la vecina Francia, porque su analogía con la nuestra es casi providencia.

La primera vez que allí se dividió el poder legislativo en dos Cámaras fué el año tercero de la república, por el Consejo de los *Quinientos*, y el de los *Antiguos*, que eran la mitad de aquellos; modificóse la Constitución en el año octavo, y entonces el Cuerpo legislativo se componía de 300, dividiéndose el otro en el *Tribunado*, compuesto de 400, y el Senado de 88; en el Imperio los diputados eran 300 y los senadores 137. Y aquí viene, señores, una cosa sobre la que llamo vuestra atención; pues aunque la historia no sea tan conveniente como la táctica de infantería, siempre es muy útil a los legisladores del país.

Vienen las Cortes de 1814, por las que se señalaron 439 diputados y 200 Pares; pero los equivocados ministros de aquellos Monarcas fueron poco a poco aumentando la Cámara alta hasta el punto de que un ministro, el duque de Decazes, hizo una promoción que fué por la primera vez calificada con el nombre de hornada. M. Villele siguió el mismo rumbo, y luego el conde de Polignac hizo lo que puede llamarse el último testamento de la Cámara de los pares. ¿Y sabéis cuántos senadores nombró aquel Gabinete? Setenta y dos. Y también entonces se hablaba de una ley de imprenta y de otra de orden público; pues para eso se hicieron los 72 senadores: ¿qué coincidencia, señores; el mismo número de decretos, las mismas promociones y el mismo número de ministros! Ocho eran allí, y ocho son aquí. ¿No es verdad que esto es terrible y risible al mismo tiempo?

Mas no paran aquí las coincidencias. Llegó la revolución de Julio, que barrió aquella dinastía, y la Cámara popular fácilmente pudo apoderarse del poder. ¿Y qué hizo? Decretó la nulidad de aquellas hornadas de senadores, cuyo número hizo subir el total de los miembros de la Cámara a 380. ¿Los mismos que somos aquí hoy? Y eso cuando se conquistaba Argel, cuando Francia contaba con 36 millones de habitantes, cuando se tenía una Hacienda muy distinta de la que nos anuncia aquí el Gobierno de S. M. Señores, no invento los guarismos; en los libros los tenéis, podéis consultarlos.

Pero vengamos a la historia de la senaduría española, y recordemos el Estamento de Próceres, que eran 120, número menor que el de diputados; luego la Constitución de 1837 fijó en 211 el de estos últimos y 143 el de los primeros; y por último, se estableció la Constitución del 45 que hoy rige, cuya ley electoral arroja el número de diputados que hoy tenemos, que son 349: en cuanto al nombramiento de senadores, se puso en manos del Gobierno, que entonces presidía la misma persona que hoy, la facultad de hacerlos como creyera conveniente; y ¿cuántos nombró aquel Gobierno? Nada más que 183. Pues bien: en 1835 (y estoy dentro de la alusión) habían jurado 276 senadores, y el ministerio sufrió una votación memorable, en la que fué derrotado por una diferencia de 36 votos, pudiendo fácilmente haber elegido hasta 49 senadores más sin que esta Cámara llegara todavía a ser más numerosa que la de diputados. Hoy sin votación, a no ser una votación secreta, se hacen 72 senadores.

Y sin embargo, señores, el ministerio de 1854 trató de los nombramientos, y obtuvo el beneficio de la Reina para realizarlos. No lo hicimos, porque no quisimos dejar a nuestros sucesores el embarazo de una promoción senatorial hecha por nosotros. ¿Qué va a suceder hoy con el exceso que presenciáramos? Si ese ministerio dura y vive mucho, que lo dudo, podrá traer aquí leyes que no sean del gusto de esos mismos señores nombrados: es verdad que ya para entonces habremos llegado probablemente a ser 400; y cuando venga el desdichado caso de que vuelva a entrar en juego el elemento progresista que puede y debe subir al poder, y se encuentre con una Cámara en que hay 400 individuos, y dos solos de sus ideas, ¿qué ha de hacer? ¿Nombrará otros 400? (Risas.)

Señores, siento tan distinta impresión de la que causó, que aseguro al Senado que al oír esas risas, al ver que los senadores ya no caben en los bancos ni los ministros en el suyo, al contemplar tanta hinchazón, me acuerdo de la de mi difunto padre que, próximo a la muerte, no podía sentarse porque no cabía en la silla; y recuerdo su risa, que a mí me parecía de contento, y era la risa de la agonía. Si, señores: el Senado muere, y muere a manos de promociones injustificadas; muere a manos del mismo que tan parcamente hizo uso de su derecho en 1845.

No me ocupé de otros asuntos, porque sólo tengo la

palabra para alusiones personales, y porque si me llega el turno los trataré detenidamente, supuesto que esos asuntos interesan al partido moderado, y por mucho que los señores ministros se proclamen moderados, su práctica no lo es: si llega ese caso de que hable en el mensaje, yo demostraré que las soluciones dadas por el Gobierno son contrarias a la razón, a la historia, a la Constitución, y al mismo tiempo conmueven la sociedad e invaden el derecho del porvenir.

El Sr. marqués de NOVALICHES: Señores, aludido y excitado por el Sr. Bermúdez de Castro, tengo que decir algunas palabras para explicar lo concerniente a mi persona en la última crisis ministerial. El 13 del pasado supe con sorpresa y sentimiento que el Gobierno del señor duque de Valencia había hecho dimisión; a las doce de la noche fui llamado al Palacio; y S. M., después de confirmar la noticia, me encomendó la formación de un nuevo Gabinete. Desde luego comprendí las dificultades de la situación, y la necesidad de que el ministerio fuese moderado y como continuación del dimitiente, primero porque las Cortes convocadas y elegidas por el señor duque de Valencia iban a reunirse dentro de pocos días, y además porque siendo yo moderado y habiendo hecho esfuerzos para revalidar a este partido, no había de faltar entonces a mis sentimientos.

Aceptado el mandato régio, pocas horas me bastaron para reunir a los que habían de ser mis compañeros, cuyo patriotismo al acudir en mi auxilio no necesitó encarecer, y el resultado fué que a las cuatro de la tarde del siguiente día ya me fué posible presentarme a S. M. con el Gabinete formado. Antes nos habíamos puesto de acuerdo acerca de las principales cuestiones, y resuelto que habíamos de ser continuación del Gabinete anterior, que habíamos de seguir el criterio del partido moderado, si bien creímos que en muchos casos nos habríamos separado de la manera como el ministerio del señor duque de Valencia lo había considerado, que se proponía a S. M. al general Narváez para la presidencia de esta Cámara, y que no había discurso de la Corona.

Otra resolución fué no hacer ningún señor senador. Y voy a decir por qué. No era por virtud, señores, sino porque el Gobierno no tuviera necesidad de asistir a este sitio y pudiera dedicarse con todas sus fuerzas a constituir en el Congreso una mayoría compacta y decidida. Pues bien: pasó al Real Palacio, manifesté a S. M. los nombres de mis compañeros, y su majestad, con la subiduría que la distingue, tuvo por conveniente relevarme del cargo que me había confiado, cuya resolución pasó en seguida a participar a las personas que me ayudaban a formar el ministerio, y a quienes de orden de la Reina di gracias por su patriotismo.

Es cuanto puedo decir al Sr. Bermúdez de Castro. El Sr. PRESIDENTE: Habiendo pasado las horas de reglamento, se suspende esta discusión, la cual continuará mañana.

Se levanta la sesión.—Eran las cinco y media.

## PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Antonio, Abad. SANTO DE MAÑANA. La Catedral de San Pedro en Roma y Santa Prisca, Virgen y mártir.

## CULTOS RELIGIOSOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Sebastián, donde por la mañana habrá Misa mayor, y por la tarde el acto de la reserva.

Continúan celebrándose los ejercicios en obsequio del Niño Jesús, en San Ignacio, y dirá la plática don Castor Compañía.

En la Bóveda de San Ginés predicará por la noche, en los ejercicios de costumbre, D. Ciraco Cruz. VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la O. en San Luis, la de la Expectación en el oratorio del Espíritu Santo, ó la del Ave-María en Santo Tomás.

Se reza de la catedral de San Pedro en Roma, con rito doble mayor y color blanco, haciéndose conmemoración de San Pablo Apóstol y de Santa Prisca.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

### PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

### MINISTERIO DE ESTADO.

#### Cancillería.

El día 31 de Diciembre último S. M. el Emperador de los franceses recibió en el palacio de las Tullerías, en audiencia pública y con el ceremonial correspondiente, al Excmo. Sr. D. Alejandro Mon, embajador extraordinario y plenipotenciario de S. M. la Reina nuestra Señora ceda de S. M. Imperial. Al poner el Sr. Mon sus credenciales en manos del Emperador, pronunció un discurso manifestando que, considerándose fiel intérprete de los deseos de la Reina nuestra augusta Soberana, pondría todo su esfuerzo en fomentar las relaciones de estimación y amistad que unen a España y Francia, para lo cual invocaba la benevolencia que ya en ocasión reciente había merecido a S. M. Imperial, y por la cual le tributaba la expresión de su más vivo reconocimiento. S. M. Imperial contestó expresando el alto aprecio en que tiene los lazos que le unen a España, y en los términos más lisonjeros para el Sr. Mon.

El día 22 del mismo el Excmo. señor D. Juan Anio de Rascon tuvo la honra de presentar en el Haya a S. M. el Rey de los Países-Bajos sus credenciales de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. la Reina nuestra Señora, y el 24 el señor D. José Luis de Alavedra la carta que le acredita en la misma calidad en la corte de aquel augusto Soberano, quien se dignó recibir con la mayor benevolencia a uno y otro funcionario.

## Mercado de Madrid.

### ENTRADO POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.

10556 fanegas de trigo. 2825 arrobas de harina de idem. 10942 arrobas de pan cocido. 10942 arrobas de carbon. 125 vacas que componen 51163 libras de peso. 282 carneros que hacen 6160 libras de peso. 114 cerdos degollados que hacen 24578 libras de peso.

### PRECIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.

Trigo. . . . . de 41 a 50 Rs. vn. Cebada. . . . . de 28 a 30 id. Algarroba. . . . . de 29 a 32 id.

## PRECIOS DE ARTICULOS AL POR MAYOR Y MENOR EN EL DIA DE AYER.

	Reales vellón arroba.	Cuarto libra.
Carnes de vaca. . . . .	55 a 57	18 a 24
Id. de cerdo. . . . .	4 a 102	18 a 24
Id. de cordero. . . . .	4 a 102	18 a 24
Id. de ternera. . . . .	90 a 98	40 a 46
Despojos de cerdo. . . . .	4 a 102	18 a 24
Tocino añejo. . . . .	84 a 88	30 a 32
Id. fresco. . . . .	4 a 102	18 a 24
Id. en canal de ayer. . . . .	79 a 82	26 a 30
Lomo. . . . .	4 a 102	18 a 24
Jamón. . . . .	130 a 144	54 a 60
Acete. . . . .	84 a 86	18 a 20
Vino. . . . .	40 a 48	12 a 14
Pan de dos libras. . . . .	4 a 102	18 a 24
Garbanzos. . . . .	42 a 62	14 a 16
Judías. . . . .	26 a 34	10 a 14
Arroz. . . . .	30 a 38	10 a 14
Lentejas. . . . .	19 a 23	8 a 10
Carbon. . . . .	7 a 8	2 a 3
Jabón. . . . .	60 a 64	20 a 20
Patatas. . . . .	5 a 7	2 a 3

Lo que se anuncia al público para su inteligencia.—Madrid 16 de Enero de 1865.—El alcalde-corregidor, conde de Belascoín.

## Fondos públicos.

	CAMBIO AL CONTADO.	
	Publicado.	No publicado.
Títulos del 3.º de consolidación. . . Sin cupón.	44-90, 45-00	45-45
Inscripciones en el Gran Libro al 3.º de id. . .	45-05, 10 y 23	45-45
Títulos del 3.º de diferido. . . Sin cp	41-05	45-45
Inscripciones en el Gran Libro. . . . .	45-45	45-45
Material del Tesoro. . . . .	45-45	45-45
Idem del 4.º y 5.º por 100. . .	45-45	45-45
Deuda amortizable de primera clase. . . . .	45-45	45-45
Idem amortizable de segunda idem. . . . .	45-45	45-45
Deuda del personal. . . . .	45-45	45-45
Deuda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interés anual. . . . .	45-45	45-45

## ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3.º DE ANUAL.

Emission de 4.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs. . .	90-50	d
Idem de 4.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs. . .	90-50	d
Idem de 3.º de Agosto de 1852, de 4 2000 rs. . .	90-50	d
Idem de 9 de Marzo de 1855, precedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs. . .	90-50	d
Idem 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs. . .	90-50	d
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858. . . . .	90-50	d
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 800 anual Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriis. . . s. c.	80-20	d
Acciones del Banco de España. . . . .	90-50	d

## REAL OBSERVATORIO DE MADRID.

Observaciones meteorológicas del día 16 de Enero de 1865.

HORAS.	Barómetro en milímetros a 0º y al nivel del mar.	TEMPERATURA EN GRADOS.		Dirección del viento.	Estado del cielo.
		Reaumur.	Centigr.		
6 m.	703.31	4.º	6.º	O. . . . .	C. eto.
9 m.	703.31	5.º	8.º	O. . . . .	Idem.
12 . . .	702.86	7.º	9.º	O. S. O. . .	Idem.
3 tar. .	704.02	9.º	11.º	O. S. O. . .	Nubes.
6 tar. .	705.42	7.º	9.º	O. S. O. . .	Cubto.
9 nocht.	701.06	7.º	9.º	O. . . . .	Nubes.
Temperatura máxima del día. . . . .		7.º	9.º		
Temperatura mínima al sol. . . . .		8.º	11.º		
Temperatura mínima del día. . . . .		3.º	4.º		
Evaporacion en las 24 horas. . . . .		2.8	milímetros.		
Lluvia en id. id. . . . .		0.0	idem.		

## DIRECCION GENERAL DE TELEGRAFOS.

Segun los partes recibidos, ayer ha llovido en Bilbao, Cádiz, Coruña, Logroño, Lugo, Oviedo, Pamplona, Pontevedra, Santander, San Sebastián, Sexilla, Soria, Tarragona, Vitoria y Zaragoza.

## OBSERVATORIO IMPERIAL DE PARIS.

LINEAS TELEGRÁFICAS DE FRANCIA. Estado atmosférico en varios puntos de Europa el día 16 de Enero de 1865, a las ocho de la mañana.

LOCALIDADES.	Barómetro en milímetros a 0º y al nivel del mar.	Temperatura en grados centígrados.	Dirección del viento.	ESTADO DEL CIELO.
S. Petesburgo. . . . .	768.6	1.º	S. S. O.	Cubierto.
Stokholm. . . . .	744.1	0.º	O. . . . .	Sereno.
Copenhague. . . . .	763.3	1.º	O. . . . .	Nieve.
Viena. . . . .	767.5	1.º	O. S. O.	Cubierto.
Leipzig. . . . .	771.2	1.º	O. S. O.	Despejado.
Berlin. . . . .	771.0	1.º	O. S. O.	Idem.
Bruselas. . . . .	779.3	3.º	O. N. O.	Cubierto.
Dunquerque. . . . .	773.5	1.º	O. . . . .	C. desp.
París. . . . .	774.4	1.º	E. . . . .	Despejado.
Burdeos. . . . .	776.9	3.º	N. O. . . .	Idem.
Lyon. . . . .	763.9	5.º	N. O. . . .	Llovizna.
Turin. . . . .	762.3	4.º	N. E. . . .	Idem.
Florenza. . . . .	762.3	9.º	O. N. O.	Despejado.
Roma. . . . .				
Nápoles. . . . .				

## ESPECTACULOS.

TEATRO DE VARIEDADES. Funcion para hoy a las ocho de la noche.—*El corazón en la mano*.—Baile.

TEATRO DEL CIRCO. Funcion para hoy a las ocho de la noche.—*Práides de amor*.—*Armonías conyugales*.—*El rapacín de Candás*.

TEATRO DE LA ZARZUELA. Funcion para hoy a las ocho de la noche.—*El alcalde de Zalamea*.—*La chispa eléctrica*.—*El Payo de la carta*.

## ANUNCIOS.

### CALENDARIO CATOLICO PARA 1865.

Escrito por el Excmo. Sr. D. Antolin Monescillo, Obispo de Calahorra; D. Pedro de la Hoz, Gabino Tejado, Navarro Villoslada, Miguel Sanchez, Ortíz Lara, Salmeron y Martinez, Canga Argüelles, Galdino de Vera, etc., etc.